

EL HOMBRE-DIOS,

Ó SEA

LA PASION Y MUERTE

DE

NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Drama sacro-bíblico-religioso

tomado

de los textos de la Sagrada Escritura,

EN OCHO ACTOS Y EN VERSO,

ESCRITO

POR D. ANTONIO CAMPOAMOR


Está aumentado con un cuadro

titulado

LA GLORIOSA RESURRECCION,

debido tambien á la pluma del
mismo autor.





Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

EL HOMBRE-DIOS,

Ó SEA

LA PASION Y MUERTE DE NTRQ. SEÑOR JESUCRISTO.

Este drama es propiedad de su autor, quien perseguirá ante la ley al que lo reimprima ó represente sin su permiso previo. Los comisionados de la galería de los señores GULLON é HIDALGO, son los encargados del cobro de sus derechos.

EL HOMBRE-DIOS,

Ó SEA

LA PASION Y MUERTE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

DRAMA SACRO-BÍBLICO-RELIGIOSO

TOMADO DE LOS TEXTOS DE LA SAGRADA ESCRITURA,

EN OCHO ACTOS Y EN VERSO,

ESCRITO POR

D. ANTONIO CAMPOAMOR.-

ESTA OBRA ESTÁ AUMENTADA CON UN ACTO NOVENO, TITULADO

LA GLORIOSA RESURRECCION,

debido tambien á la pluma del mismo autor.

SEVILLA.

FRANCISCO ALVAREZ y C.^ª, impresores de los Señores
Duques de Montpensier.—Tetuan 21 moderno.

1869.

MAY 21 A

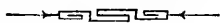
10743

10743

À SS. ÀÀ. RR.

LOS

SERMOS. SRES. DUQUES DE MONTPENSIER
Y A SUS AUGUSTOS HIJOS.



Colosal en alto grado es el asunto de la presente obra, que tengo la honra de dedicaros. Necesitaba ser patrocinada por personas cuyos nombres fueran colosales tambien, y ningunas más dignas que VV. AA. RR., Príncipes descendientes de los Reyes cristianísimos de Francia y España.

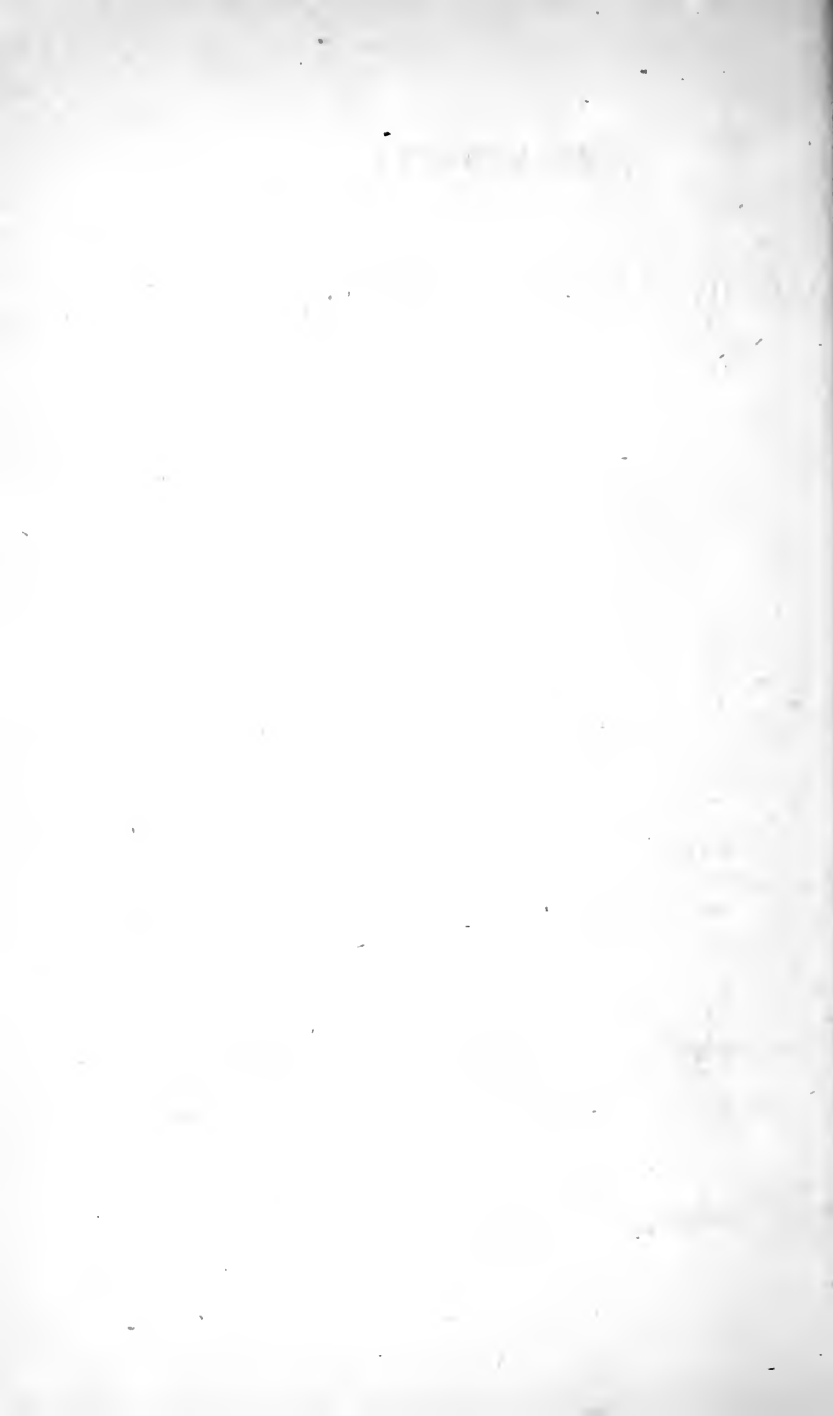
Escaso es, por demás, su mérito literario, como todo lo que traza mi pobre pluma; pero al haberse dignado VV. AA. RR. constituirse en su Meccenas, si no á los del público, para mis ojos tiene de hoy más una inmensa valia. Al tener la honra de dedicárosla, escuché de vuestros labios dulces y elocuentes frases de aliento y consuelo; dejando consignado una vez más, entre infinitas, vuestra amabilidad nunca desmentida, vuestro amor á las artes y á la literatura, cualidades que en tan alto grado os enaltecen, y que debieran imitar el resto de los Príncipes de Europa.

Recibid al par el eterno agradecimiento del hombre, y una lágrima de alegría del poeta.

Sermos. Sres.:

Á los piés de VV. AA. RR.,

Antonio Campoamor y Cabaldon.



PERSONAJES.

LA VIRGEN.
MAGDALENA.
MARÍA SALOMÉ. } *No hablan.*
MARÍA JACOBÉ. }
VERÓNICA.
UNA CRIADA.
JESUS.
S. PEDRO.
S. JUAN.
S. TADEO.
S. MATEO.
S. JAIME EL MAYOR.
S. JAIME EL MENOR.
JÚDAS.
PONCIO PILATOS.
HERODES.
CAIFÁS.
ANÁS.
ROBOAM. }
BENJAMIN. } *DOCTORES.*
MALECH. }
SIMON EL LEPROSO.
ABDÍAS. } *FARISEOS.*
FALUEL. }
MALCO.
CENTURION.
SIMON CIRINEO.
UN PREGONERO.
LONGINOS.
DIMAS, EL BUEN LADRON.
GESTAS, EL MAL LADRON.
JOSEF DE ARIMATEA, SENADOR.
NICODEMUS.—*No habla.*
SAYON 1.º
SAYON 2.º

Ángeles, ciudadanos, lictores, soldados, sayones, escribas, fariseos, hombres y mujeres del pueblo, niños, músicos, etc., etc.

NOTA.



Entiéndase por derecha é izquierda la del espectador.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una gran plaza en Bethania, en cuyo extremo derecho se halla el tronco de un árbol cortado, y rodeado de verdura.—JESUS aparece sentado en él.—Los Apóstoles ocupan su derecha, quedando en último término S. PEDRO y JÚDAS.—Hombres y mujeres del pueblo hebreo ocupan los costados de la escena.—Al levantarse el telon, y despues del coro, S. PEDRO y JÚDAS cierran el paso á un grupo de niños, que quieren adelantarse hasta Jesus.

ESCENA PRIMERA.

JESUS, los APÓSTOLES, PUEBLO y NIÑOS.

CORO.

Cantemos la glória
del gran Gëhová,
que al rudo guerrero
sepulta en la paz.
Cantemos, cantemos
al Dios de Abraham,
que al mísero esclavo
le dió libertad.
Coced el cordero
y el ácimo pan;
el cingulo y báculo
venid y tomad,

que pronto en la Pascua
debeis aclamar
la glória en Egipto
del fuerte Adonái.

S. PED. No os acerqueis. *(A los niños.)*

JÚDAS. *(Empujándolos.)* ¡Léjos!... ¡Fuera!...

JESUS. (1) ¿Por qué así á los inocentes
de mi lado rechazais
que á besar mis plantas vienen?
Llegad, todos son mis hijos.

(Los niños se acercan y se arrodillan.)

Quien así no lo creyere,
jamás entrará en el reino
do mi Padre es Rey de reyes.

En esa azulada bóveda
que nos cobija, allí tiene
vuestra inocencia un asilo
de su manto entre los pliegues,
y yo en su nombre os bendigo.

(Pone las manos sobre la cabeza de los niños, y eleva su vista al cielo. Despues de esta pequeña pausa, nótase una confusion entre los Apóstoles, que detienen el paso á Simon el Leproso que viene por la izquierda.)

ESCENA II.

DICHOS y SIMON.

JESUS. Dejad á ese hombre que llegue,
que el santo camino busca
de la verdad. ¿Qué me quieres?

SIMON. Señor, á tus piés postrado,
anhelante y reverente,
que honres mi mesa te pido

(1) Sinite parvulos venire ad me, et ne prohibueritis eos: tallium enim est regnum Dei. (S. MARC., cap. X, v. XIV.)

después de honrar el albergue.

S. PED.

Tal concesion no es posible.

JESUS.

Iré, pues que así lo quiere;
que quien parte el pan conmigo
eso y mucho más merece.

(Levántase Jesus, retirándose por la izquierda, y en medio de los acordes del coro anterior. Le van siguiendo, primero los niños, después Simon, luego los Apóstoles y finalmente el pueblo.)

MUTACION.

Casa de Simon Leproso.—Salon sencillo de la época, sin muebles ni adornos.

ESCENA III.

ABDIAS, FALUEL, dos ESCLAVOS.

ABDIAS. *(Dirigiéndose á los esclavos que permanecen lejos.)*

Que esté dispuesta la mesa,
que tengan vino las ánforas,
que la mirra y el incienso
dén su perfume á la estancia,
donde un hombre prodigioso
en breve pondrá sus plantas.

(Vánse los esclavos.)

FALUEL. Abdías, ¿quién es ese hombre
que honra merece tan alta?

ABDIAS. ¿Que quién es? Ese es Jesus,
el Profeta de Bethania;
el hombre cuyo poder
es inmenso, cual su fama.

FALUEL. Así el pueblo lo asegura.

ABDIAS. Y el pueblo nunca se engaña.

FALUEL. ¿Mas tú crees?...

ABDIAS. ¿Que si creo?...

es la verdad pura y santa.

Yo le ví del mar airado
caminar sobre las aguas, (1)
calmando con su poder
las encrespadas montañas
que formaron en tropel
las rugientes hondas bravas.
Le ví dar á un muerto vida;
le vi á un mudo dar palabra;
á un ciego vista, y en fin,
amigo Faluel, son tantas
las maravillas de ese hombre,
que aseguro por mi alma
que es el ansiado Mesías
que Israel há tiempo aguarda.

ESCENA IV.

DICHOS, JESUS, los APÓSTOLES y SIMON.

SIMON. ¡Señor! De confusion lleno...
FALUEL. *(Á Simon.)* ¿Quién es ese hombre, decid?
SIMON. Es el hijo de David.
ABDIAS. } Señor...! *(Cayendo de rodillas.)*
FALUEL }
SIMON. Jesus Nazareno,
¡permitid que aliento cobre!...
¡Honrar así los umbrales...!
JESUS. Para mí, todos iguales,
Simon, el rico y el pobre.
Polvo los dos al nacer
fueron, el débil y el fuerte,
y en el trance de la muerte
¡polvo los dos han de ser...!
Hijo del divino Rey
que no hay quien su gusto quiebre,
he nacido en un pesebre
entre una mula y un buey.

(1) Et circa quartam vigiliam noctis venit ad eos ambulans supra mare: et volebat preterire eos. (S. MARC., cap. VII, v. XLVIII.)

Así quiso su bondad
demostrar, en su grandeza,
que cuanta más la riqueza,
seá mayor la humildad.

ESCENA V.

DICHOS y MAGDALENA.

MAGDAL. Señor, postrada á tus piés
y por la fé convertida,
contrita y arrepentida
una pecadora vés.
Ensalzar tu nombre oí,
y de mi deseo en alas,
rica de joyas y galas
vengo á postrarme ante tí.
Y estas perlas, con que yó
hice alarde en mi locura,
adornan la frente impura
de una mujer que pecó.
¡Inmenso mi crimen fué!...
¡Inmensa fué mi maldad!...
¡Pero inmensa es tu bondad!...
¡Pequé, Dios mio, pequé!...
¡Oye á la mujer que gime
y á tus piés sus faltas llora!
¡Acoje á la pecadora
y sus pecados redime...!

(Pequeña pausa.)

JÚDAS. Alza, mujer; como vés,
no habrá perdon para tí.
¡Fuera!

MAGDAL. No me voy de aquí,
sin ungirle ántes los piés.
*(Derrama dos frasquitos de esencias á los piés
de Jesus, y los limpia con sus cabellos.)*

JÚDAS. El precio de esos ungüentos
que en balde vertiendo estás,
hubiera valido más

- darlo á los pobres hambrientos.
SIMON. Cierto.
TODOS. Sí.
S. PED. Tiene razon.
(Yendo á ella para echarla.)
- JESUS. Detente, Pedro, detente.
Al que llora y se arrepiente
mi Padre le dá el perdon.
Los piés ha ungido del hombre
que vá á morir, y accion tal,
en el mundo terrenal
eterno ha de hacer su nombre.
Si grande su culpa fué,
grande es su arrepentimiento.
La fuente del sentimiento
es manantial de la fé.
- JÚDAS. ¡Señor!... ¿Hablais en su abono
conociendo...?
- JESUS. No te asombre.
Alza, mujer: yo en el nombre
de mi Padre, te perdono. (1)
*(Sale acompañado de todos, ménos de Judas y
Magdalena, que guardan silencio por un ins-
tante.)*

ESCENA VI.

JÚDAS y MAGDALENA.

- JÚDAS. ¡Jesus perdonarla quiso!...
¡A una ramera!... Sí, cierto.
¡Y con su perdon, le ha abierto
las puertas del Paraiso!...
¿Y ese hombre se anunció

(1) Por el Evangelio de S. Juan, XII, esta historia sucedió en Bethania y no en casa de Simon el Leproso (ó el Malato), que es donde la acomoda S. Mateo, sin duda para darnos á entender, que la verdadera causa que movió á Júdas para vender á su Maestro, fué la avaricia, que se dejó ver en él cuando murmuró viendo derramar el bálsamo sobre los piés de Jesucristo. *(Nota bíblica.)*

al pueblo hebreo cuál rey?...
Ese hombre falta á la ley
y debo acusarle yó. (*Váse.*)

ESCENA VII.

MAGDALENA.

(Arrancándose los adornos de la cabeza, y del pecho y brazos.)

¡Perlas, que sin conocerlas
amaba yo con pasión,
y con mi afrenta y baldon
continüais siendo perlas!
Id vuestro brillo á prestar
á otra frente que sea pura,
y dejadme en mi amargura
otras perlas derramar.
Perlas de fulgores rojos,
líquidas ¡ay! y abrasadas,
que saldrán amontonadas
de las conchas de mis ojos.
¡Adios, fausto!... ¡Adios, grandeza!
¡Adios, miseria! Adios, nada!...
De hoy más, mi frente irá ornada
del manto de la pobreza.

MUTACION.

El teatro representa la entrada de Jerusalem. En el centro del fondo está la puerta de entrada, por cima de la cual atraviesa una muralla practicable, que termina en el primer término izquierda. En este mismo término y elevándose por detrás de la muralla, á una altura conveniente, se alzaré un torreón del gusto de la época, cuyas ventanas ó almenas serán practicables. En los dos últimos términos ó extremos del foro se alzarán otras torres y cúpulas, también practicables. Todo el costado derecho del teatro lo forma un sendero de palmeras, delante de otro edificio campestre, cuyas azoteas son también practicables,

y que deberá estar situado en el segundo término. Al levantarse el telon, hombres y mujeres de todas edades ocupan la llanura del teatro, así como en las murallas, torres, cúpulas, tejados y azoteas habrá tambien colocada multitud de gente. En las copas de las palmeras deberá haber niños y alguno que otro adulto. Al terminarse el coro, sale JESUS montado en un pollino, que cubrirá su lomo con el manto de un Apóstol, siendo conducido por S. JUAN y S. PEDRO, á los que preceden todos los demás Apóstoles. Esta comitiva, cuya marcha abrirán niños y niñas, esparciendo flores al paso de Jesus, viene por el último término derecha. Todos los Apóstoles y gente del pueblo llevarán palmas los unos, ramos de oliva los demás. Cuando Jesus haya dicho su profecía, que deberá ser en el centro del teatro, se retira la comitiva por su órden, formando, al pasar, los del llano un arco triunfal, enlazando las palmas unas con otras, y los de las alturas agitarán sus palmas y ramos, victoreándole con entusiasmo. Désele á este cuadro toda la animación que los directores crean oportuna, pues todo cabe en él.

ESCENA VIII.

PUEBLO de todos sexos y edades.

CORO.

¡Hosanna en las alturas
al Rey de tierra y cielo,
y paz acá en el suelo
de buena voluntad!
¡Hosanna al que descende
dichoso en este día
ceñido de alegría
y excelsa majestad!

—
Por él nuestros padres,
por él suspiraron;
su nombre imploraron
buscando su fé.
Por él los Profetas
con hondos gemidos,
pidieron rendidos

la paz que hoy se vé.
¡Bendito el que viene
de Dios en el nombre!...
¡Que el mundo le asombre
con tal bendicion!...

ESCENA IX.

DICHOS, JESUS, los APÓSTOLES y NIÑOS, por el orden
yá indicado.

JESUS. ¡Jerusalen! ¡Jerusalen triunfante,
que orgullosa te muestras de tu gloria,
y tus cúpulas alzas arrogante
proclamándote reina en la victoria!...
Se acerca yá el crüel, supremo instante,
que no quede de tí ni áun la memoria;
y en que los venideros, entre asombros,
no puedan contemplar ni áun tus escombros.
Tus soberbios palacios, convertidos
en polvo han de quedar, y tus pendones
entre el lodo veránse confundidos.
Arrasarán tus muros las legiones
que mandará el Señor; y enfurecidos
al crimen de tus hijos, á montones,
sobre tus ruinas, con afan crüento,
hacinarán cadáveres sin cuento.
¡Jerusalen! ¡Jerusalen, que en breve
en tu centro hallarás sólo agonía,
y ser espanto por do quiera debe
la que Reina de Egipto fuera un dia!...
El pueblo de Isráel, que en tí se mueve,
yá escuchó de mi voz la profecía!...
¡Jerusalen! Jerusalen potente,
ante el Dios de Abraham, dobla tu frente.
*(Caen todos de rodillas.—Breve pausa, y al
compás del mismo coro entra Jesus en Jeru-
salen y cae el telon).*

FIN DEL ACTO PRIMERO.

AMERICAN

THE AMERICAN

AMERICAN

AMERICAN

AMERICAN

AMERICAN

AMERICAN

AMERICAN

AMERICAN

AMERICAN

AMERICAN

ACTO SEGUNDO.

Sala de justicia en el Sanhedrin (1). Dosel en el fondo, en el cual aparece sentado el Pontífice Caifás.—A sus lados, dos mesas. En derredor de éstas, camillas en las que se asientan los doctores.

ESCENA PRIMERA.

CAIFÁS, ANÁS, BENJAMIN, ROBOAM y MALECH.

- ANÁS. Cumpliendo, ilustre Pontífice
tu siempre excelso mandato,
reunidos aquí todos
tus órdenes aguardamos.
- CAIFÁS. Pues escuchadme, doctores,
sabréis por qué os he llamado.
Ese Profeta, Jesus,
que cual humilde artesano
su existencia en Nazareth
tranquilamente ha pasado,
movido por la ambicion
y ansioso de adquirir lauros,
su falsa doctrina, absurda,
vá en la Judea inculcando.
Su arrogancia, su figura,
su voz, su valor osado,
van adquiriendo prosélitos
(ilusos tal vez é incautos),
pero que de dia en dia

(1) Una pieza espaciosa y descubierta para celebrar juntas y tratar los negocios públicos. Se tuvo el Miércoles este Consejo, y antiguamente se ayunaba en la iglesia los Miércoles por este motivo.

creciendo ván y aumentando.
Como que en el pueblo hebreo
pululan mucho los magos,
le tuve por uno de ellos,
y jamás de él hice caso.
Hoy he sabido, doctores,
con asombro, que hace escarnio
de nuestros templos, que juzga
nuestra justicia un sarcasmo,
que á la rebelion incita,
y protege á los villanos.
En vista de que nos falta
á nuestros ritos faltando,
de obrar yá con energia
creo el momento llegado.

TODOS. Sí, si.

BENJ. ¿Qué quiere ese necio?

MALECH. La igualdad.

ANÁS. En ese caso,
que los pobres le proclamen
un gran hombre, no es extraño.

BENJ. Debe aquí comparecer
por nuestra ley reclamado,
y sufrir pronto castigo
para escarmiento de incautos.

ANÁS. Sobre este punto, doctor,
de acuerdo los dos estamos;
y os ruego, sabio Pontifice,
que ese hombre temerario
sea llevado á la cruz
sin proceso ni preámbulos.

ROB. Doctores, tened en cuenta
y pensad bien lo que hablo.
Nunca, por matar la causa,
los efectos se mataron.

ANÁS. La causa que es falsa y mala
muere del efecto al lado.

BENJ. Y al pueblo se le conduce
donde quiera, con halagos.

ANÁS. El pueblo halagado, asusta:

ante la cruz siente espanto.

Sí, sí!

TODOS.

MALECH.

Nuestro honor lo exige.

BENJ.

Y es menester conservarlo.

ANÁS.

Y el esplendor de los templos
de esa suerte queda intacto.

ROB.

Escuchad, oid, doctores:
un motivo hay en contrario;
y es, que se acerca la Páscoa
y verter sangre es vedado
por las santas Escrituras.

CAIFÁS.

Que le condene Pilatos!

ANÁS.

Que ante ese juez se le lleve
y sea por él juzgado.

ROB.

Pilatos no le sentencia
sin tener pruebas.

ANÁS.

Las damos.

Inventaremos injurias
de ese hombre al Soberano;
y apareciendo ofendido
el César Tiberio, es claro
que Poncio, Gobernador
de la Judea, en el acto
le juzgará y sin clemencia.

TODOS.

Sí, sí.

CAIFÁS.

Sea.

ROB.

Pues de contado
disponed que la centuria
que obedece vuestro mando
le prenda al punto.

CAIFÁS.

Al momento.

ANÁS.

Yo lo creo innecesario;
pues quizá uno de los suyos
por un precio bien barato
nos le venda.

CAIFÁS.

¿Y ese hombre...?

ANÁS.

Me comprometo á encontrarlo.

CAIFÁS.

Yo activaré su sentencia
sin sosiego ni descanso.
Doctores, que aquí de acuerdo

este asunto habeis tratado,
¿quereis que muera Jesus?
¡Que muera!
Doctores, vamos;
y acate Jerusalem
vuestro irrecusable fallo.

TODOS.
CAIFÁS.

MUTACION.

Casa de la Virgen.—Habitation modesta, pobre y sin ajuar.

ESCENA II.

La VIRGEN.

(Una música suave anuncia su salida á escena, la que durará todo el monólogo.—Una luz celeste irradia el rostro de María.)

No broteis, lágrimas mías,
que no os es dado brotar!...
¡Penas, tornáos alegrías!...
¡Sed placeres, agonias,
que mi hijo vá á espirar!
Y este dolor sin segundo
¿salvarle podrá?... ¡Tè engañas!
Quiere Dios, sábio y profundo,
que el hijo de mis entrañas
muera por salvar al mundo.
¡Yo le ví, inocente niño,
crecer entre los pastores;
y modesto y sin aliño,
su pura frente de armiño
orlada de gayas flores...!
Le ví en Nazareth, modelo
de amor filial puro y santo,
sus ojos alzar al cielo
demandándole un consuelo
con que endulzar el quebranto!...
Un rayo despues divino
penetra en su clara mente;

y en brazos de su destino
se aparta de mi camino
y mis caricias no siente!...
Yo le ví sembrando flores
celestiales entre abrojos;
y entre aplausos y loores,
ser bien de los pecadores
que mirábanse en sus ojos!...
Mas despues ¡ay! solitaria,
sólo veo una alta cumbre!...
Multitud inquieta y vária,
y opaca luz funeraria
que me mata con su lumbre.
En pos los ojos alzando,
veo, al fulgor de esa luz,
á una madre que está orando
y á un hijo que está espirando
enclavado en una cruz!...

(Ábrese la pared del fondo, dejando ver una gruta de oro y grana, en la cual aparecen vários ángeles con los atributos de la Pasion.)

CORO DE ÁNGELES.

No llores, Virgen,
no llores, Madre,
al ver el cuadro
de la Pasion!...

El mundo aguarda
para salvarse
la triste muerte
del Redentor.

(Desaparecen los ángeles cerrándose la gruta).

VIRGEN. Lo sé!... mi desgracia es cierta!...
Mas ántes que en mi quebranto
por el dolor caiga muerta,
dejad al alma que vierta
los raudales de su llanto.

¡Oh Dios de inmensa bondad!...
¡Oh sábio y divino Padre,
todo bien y caridad...!
¡Piedad, Dios mio, piedad;
piedad de una triste madre!...

ESCENA III.

La VIRGEN, MAGDALENA y las dos MARIAS.

MAGDAL. ¡Señora...!
VIRGEN. ¿Quién? ¡Magdalena!...
MAGDAL. María, alzáoos del suelo.
¡Siempre llorando!... ¡Calmáoos!...
VIRGEN. ¡Ay, Magdalena, no puedo!
¡Quiere Dios que, muerta, viva!
¡Vamos á vivir muriendo!
MAGDAL. Si sufrir por vos pudiera...
VIRGEN. Déjame á mí el sufrimiento.
Esa cruz ante mis ojos
de continuo he de estar viendo,
y nadie apartarla puede;
se acerca el postrer momento.
MAGDAL. Ah! nó, nó, señora mia.
¡Tened valor!...
VIRGEN. Yá le tengo.
Mi fé puesta en Dios es grande,
mas ¡ay de mí, si no puedo...!
El corazon se me parte
sólo al escuchar los ecos
del hijo de mis entrañas,
que me repite sereno:
—«Mi muerte está yá dictada
»por el Hacedor Supremo.
»Es preciso, madre mia;
»madre del alma, te dejo.»
MAGDAL. Dios se apiadará!...
VIRGEN. ¿Qué dices...?
Dirigirme á Dios no puedo.
Mi llanto le indignaría,

le ofendería mi ruego,
porque si mi hijo muere
es al mundo redimiendo.
Nó, nó, Magdalena, nó:
ahóguese del alma dentro
el cariño maternal!...
Séquese el llanto de fuego
que mis mejillas abrasa,
y ¡ojalá que mi tormento
pueda llenar de ventura
al mundo que compadezco...!

ESCENA IV.

La VIRGEN, MAGDALENA, las dos MARIAS, JESUS
y los APÓSTOLES.

VIRGEN. ¡Ah, Señor...!

JESUS. Madre querida!...

Secad los párpados rojos,
que el llanto de vuestros ojos
vá matando vuestra vida. *(Pausa.)*

Madre: aunque en eterno duelo
quede el pecho yá sin calma,
os pido, madre del alma,
permiso para ir al Cielo.

VIRGEN. ¡Ah, Jesus, tened piedad!

¡Separarme á mí de vos!...

JESUS. Madre, me lo manda Dios;
cúmplase su voluntad.

VIRGEN. ¡Oh, Jesus mio, mi bien,
el duro trance se acerca!...

JESUS. Estaré cerca, muy cerca
de vos y Jerusalem.

Me ordena Dios, madre mia,
y mi voluntad es suya,
que ántes que muera, instituya
la sagrada Eucaristía.

Lleno de amor le obedezco
y lleno de amor le admiro,

y hasta el último suspiro
de mi vida yo le ofrezco.
Sumido en dolor profundo
en pos de aquesta mision,
el cuadro de mi Pasion
haré conocer al mundo.

VIRGEN.

¿Cómo resistir podré...?

JESUS.

Teniendo en Dios confianza.
Soy del hombre la esperanza,
y es preciso tener fé.
¡Fruto dulce, fruto opimo,
con mi sangre el mundo espera.
¿Qué importa, madre, que muera,
si á la humanidad redimo?

VIRGEN.

Todos salvados serán!...

JESUS.

Mas mis lágrimas me oprimen!...

Madre, mirad. Tambien gimen
los pobres hijos de Adan!...

*(Vuelve á abrirse la pared del fondo, dejando
ver el Purgatorio.)*

CORO DE JUSTOS.

Ved, Señor, la afliccion,
las penas en que están;
consuele vuestro amor
los hijos de Abraham!

JESUS.

¿Lo oís? ¿Comprendeis ahora
mi deber, madre querida?...
¡Justo és que les dé mi vida
para salvarlos, señora.
Abraham lo fué á pedir;
Dios se lo ha ofrecido, madre:
y lo que ofreció mi Padre
es necesario cumplir.
Mas cálmese vuestro duelo,
que aunque muero, madre mia,
me veréis al tercer dia

elevarme al santo Cielo.
¿Qué placer que más os cuadre?...
De querubes circundado,
allí me vereis sentado
á la diestra de mi Padre.
Mas ántes, esta es mi suerte,
debo arrancar al averno
esas almas, y al Eterno
conducirlas con mi muerte.

VIRGEN.

¡Hijo mio, á quien adoro!
¿Cómo podré resistir...?
Marchad, marchad á morir,
yá que no basta mi lloro.
Redimid al mundo, hijo,
yá que así lo ordena el Padre.
Mas ¿quién redime á una madre
de su tormento prolijo?
Tan sólo una concesion
os pido, Señor, aquí.
Que me hagais pasar á mí
vuestra sangrienta Pasion.
Sufra con vuestro sufrir,
llore con vuestro llorar,
pene con vuestro penar
y muera á vuestro morir. *(Pausa.)*

JESUS.

(Elevando los ojos al cielo en actitud de súplica.)

¡Padre, que su dicha empañas,
inmenso Dios, justo y bueno!
Me ha alimentado en su seno,
me ha llevado en sus entrañas!
¡Calmad, calmad su agonía,
tened de ella compasion!...

(Arrojándose en sus brazos.)

VIRGEN.

¡Hijo de mi corazon!... *(Pausa breve.)*

JESUS.

¡Adios, adios, madre mia!...

(Váse Jesus, seguido de los Apóstoles.)

ESCENA V.

La VÍRCEN, MAGDALENA y las dos MARIAS.

- VIRGEN. ¡Magdalena, hado crüel!...
- MAGDAL. Ese llanto os vá á matar.
- VIRGEN. ¿Qué he de hacer sino llorar,
si vá mi vida con él?
- MAGDAL. Tambien le querrá su Padre;
contemplad su padecer!...
- VIRGEN. Para llegar á querer
es necesario ser madre.
Á la muerte, solitario,
no irás, Jesus; nó, mi bien.
Vamos á Jerusalem,
y luégo de allí al CALVARIO (1).
(Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

(1) En hebreo *GÓLGOTHA*: se llamaba así este monte vecino á Jerusalem, ó por su figura redonda á manera de cabeza, por la cual, aún en nuestros escritos y autores antiguos se llamaban *cabezas* las cimas de los montes y los collados pequeños y redondos, y se deriva de una palabra syria ó chaldaea, que los hebreos, corrompiéndola, pronunciaban *gulgoleth*, y significa cabeza, ó segun *S. Gerónimo*, por las muchas calaveras ó cráneos que allí habia de los que eran ajusticiados, siendo aquel monte el lugar destinado para ello. Muchos Padres como *S. Orígenes*, *S. Athanasio*, *S. Ambrosio*, *S. Epiphanio*, *S. Juan Crisóstomo* y otros, apoyados en una antigua tradicion, sienten que se llamó así por haberse encontrado en él la calavera de Adan, que fué enterrado allí por particular disposicion del Señor: y que el segundo Adan eligió para sufrir la muerte, y rescatar á todo el género humano el lugar mismo en donde reposaba el primero, que habia sido el principio de la muerte de todos los hombres. Y aunque *S. Gerónimo* desecha esta tradicion, nos debe bastar la autoridad de tantos y tan graves Padres, para no dejar de referirla.

ACTO TERCERO.

Calle corta con puerta á la izquierda, que conduce á la casa de Simon.

ESCENA PRIMERA.

JESUS y los APÓSTOLES.

JESUS. Por el honrado Simon invitado fuí, hijos míos, y he dispuesto que á su mesa os sentéis todos conmigo.

JÚDAS. Y vais á honrar el albergue de ese gentil?

JESUS. Es preciso.

JÚDAS. Y á ese mísero igualaros!...

JESUS. ¡Júdas! No seas tú el mísero!
¡Todos en la tierra hermanos!

La igualdad es don bendito, que practicándolo bien nos conduce al Paraiso, y no debo rechazarla, puesto que yo la predico.
¿No es cierto, Pedro?

S. PED. ¡Ah, señor!

Un oráculo en vos miro!
Lo que mi mäestro diga ciego acataré y sumiso.

- JESUS. Pues anda, y dile á Simon que Jesus y sus discípulos tan sólo su vénia aguardan para entrar en su recinto.
- S. PED. (*Llamando á la casa.*)
¡Ah de esta casa!
- VOZ. (*Dentro.*) ¿Qué quiere?
- S. PED. Pedir á Simon permiso para entrar.
- VOZ. Y quién?
- S. PED. Jesus.
- VOZ. El Señor venga consigo.
- S. PED. Pasad, querido mæstro.
- JESUS. Seguidme, caros discípulos.

MUTACION.

Sala en casa de Simon el Leproso (1) con la mesa preparada para la cena. En ella se respirará la humildad, y sólo en señal de rendir holocausto se quemará, en vários pebeteros, incienso y mirra. En el centro de la mesa estará el cordero pascual, que á su tiempo repartirá Jesus, asi como el pan y el vino. Alrededor de la mesa debe haber trece camillas. Al sentarse, JESUS ocupará el centro: á sus lados S. PEDRO y S. JUAN, y en las extremidades de la mesa estarán, á la izquierda, JAIME EL MAYOR, y á la derecha JÚDAS. Es de noche. La escena está alumbrada por una lámpara que pende del techo.

ESCENA II.

Al levantarse el telon, aparecen SIMON y dos ESCLAVOS, que reciben á JESUS y sus DISCÍPULOS.

JESUS. Caiga sobre esta morada

(1) *El Malato*. Se llama así, ó porque habia padecido la enfermedad llamada *lepra*, ó por haber heredado este sobrenombre de algunos de sus mayores. Del Evangelio de *S. Juan* parece inferirse que Simon, María, Martha y Lázaro habian concertado entre sí dar esta cena á Jesucristo. Segun el mismo *S. Juan*, María Magdalena era hermana de Lázaro; y el motivo de agasajar á Jesus, fué en accion de gracias por la resurreccion de aquél.

la bendición del Eterno.

SIMON. Para tan alta persona
pobre es, Señor, lo que tengo;
mas lo que en riqueza falte,
súplalo mi buen deseo.

JESUS. Simon, vén, llega á mis brazos
en memoria de tu obsequio;
el más grande de mi vida
y de mi vida el postrero.

Ahora, queridos discípulos,
escuchad. Vuestro maestro,
que la humildad recomienda,
debe dáros el ejemplo.

Los piés os he de lavar,
y por tí empezaré, Pedro.

S. PED. «No me lavarás los piés
»jamás» (1). Yo no consiento.

JESUS. «No tendrás parte conmigo
»si no te lavare» (2).

S. PED. ¡Cielos!...

JESUS. Y advierte, que el que no se halle
limpio de mancha, en el reino
no entrará del Santo Padre.

S. PED. Entónces, lava. Obedezco.

(Dos criados han acercado un asiento, una tohalla, un lavapiés y una ánfora grande. Jesus se arrodilla al pié del asiento, coge la tohalla y vá lavando y secando los piés de todos sus discípulos, que conforme vayan lavándose, se irán colocando en la mesa, por el orden yá indicado. Uno de los criados figura echar agua. JÚDAS, en éste como en los demás actos, dará á conocer en su rostro las señales de disgusto.—Durante el lavatorio, se oye el siguiente)

(1) Non lavabis mihi pedes in æternum. (S. JUAN, cap. XXI, v. VIII.)

(2) Si non laveris te, non habebis partem mecum. (S. JUAN, cap. XIII, v. VIII.)

CORO DE ÁNGELES.

Al Rey de los Cielos,
al único Dios,
la eterna alabanza,
la gloria y honor.
Los ángeles canten
con célica voz
su gran mansedumbre,
su cándido amor.

JESUS. *(Que al concluir el lavatorio ha ido á ocupar el centro de la mesa, y tomando un pedazo de pan dice:)*

Antes de morir, la Pascua
hoy con vosotros celebro.
«Este pan que os doy tomad
»y comed; este es mi cuerpo» (1).
En él se han de redimir
las culpas del universo.

(La pared del fondo se abre, dejando ver la Gloria, en la cual está el Padre Eterno, recibiendo un cáliz de manos de un ángel: una melodía suave, hasta su desaparicion.)

«Bebed de éste todos, que es *(Por el cáliz.)*
»sangre de mi testamento,
»que por vosotros vertida
»fuente será de consuelo» (2).
¡Que sus aguas purifiquen
todas las almas de aquellos
á quienes la fé conduzca,
su esperanza en mí poniendo!

(Desaparece la gloria.)

(1) Accipite, et comedite: hoc est corpus meum. (S. MATEO, cap. XXII v. XXVII.)

(2) Bibite ex hoc omnes. Hic est enim sanguis meus novi testamenti, qui pro multis effundetur in remissionem peccatorum. (S. MATEO, cap. XXVIII, v. XXVI.)

«Ahora, en verdad os digo
»que uno de vosotros....»

JÚDAS. (¡Cielos!)

JESUS. «Me ha de entregar». (1)

S. PED. ¡Ah, Señor!...

Es imposible créerlo.

JESUS. Pues así ha de suceder.

S. PED. ¡Ah, Señor! que este secreto

revele tu augusto lábio,
pues anhelamos saberlo.

¿No es verdad, hermanos?

TODOS. Sí.

JESUS. Muy pronto vais á saberlo.

«Será el que mete conmigo
»la mano en el plato». (2)

JÚDAS. «Maestro,

»¿soy yo por ventura, dí?

JESUS. »Tú lo has dicho, sí.» (3)

JÚDAS. (¡Oh infierno!

¿Qué hoguera es la que me abrasa
y ruge de mi alma dentro?...

La rabia mi rostro enciende!...

Venganza...! Venganza presto!)

(Váse precipitadamente.)

JESUS. (¡Yó, que hácia el bien le guié!...

¡Yó, que le quise en extremo...!

¿Pagarme de esta manera?...

¡Ingrato...! Ingrato...!)

S. PED. *(Viendo á Jesus pensativo.)* ¿Qué es eso?

(1) Amen dico vobis, quia unus vestrum me traditurus est.
(S. MATHEO, cap. XXVI, v. XXI.)

(2) Qui intingit mecum manum in paropside, hic me tradet.
(S. MATHEO, cap. XXVI, v. XXIII.)

(3) Respondens autem Judas, qui tradidit eum, dixit: ¿Numquid ego sum Rabbi? Ait illi: Tu dixisti. (S. MATHEO, cap. XXVI, v. XXV.)

Esto es, así como lo dices. Al principio de este verso se señala á Júdas, el que le entregó, porque entre los Apóstoles habia otro Júdas que tenia el sobrenombre de THADEO. Es de suponer que el Señor le respondió sin que los otros discípulos percibiesen lo que decia, ó algun otro metió la mano en el plato al mismo tiempo con lo cual quedó aún incierta la cosa.

- JESUS. ¡Palidece tu semblante!...
No es nada; no es nada, Pedro.
¡Hijos míos, ya se acerca
el señalado momento
de morir en una cruz,
que los hombres dispusieron!
Todos me abandonaréis,
sin que mi llanto y mi ruego
os muevan á compasion.
- S. PED. Nunca os dejaré, maestro.
- JESUS. «Antes de que el gallo cante,
»al ver del alba el lucero,
»tres veces has de negarme». (1)
- S. PED. Jamás, señor!
- JESUS. Basta, Pedro.
Simon, el último abrazo.
Reconocido te quedo!...
El bien que en la tierra siembras
lo cogerás en el Cielo.
(Váse, seguido de sus discípulos.)

MUTACION.

Calle corta.—Puerta izquierda.

ESCENA III.

JESUS y los DISCÍPULOS, ménos JÚDAS.

- JESUS. ¡Voy á morir, y de vosotros léjos!...
Pero ántes de que llegue el trance fuerte,
escuchad, hijos míos, los consejos
de éste que por los hombres vá á la muerte.
¡Sed de la caridad vivos reflejos!...
¡Del pobre consolad la triste suerte!...
Que aquel que á la pobreza dá un consuelo,

(1) Amen dico tibi, quia in hac nocte antequam gallus cantet, ter me negabis. (S. MATHEO, cap. XXVI, v. XXIV.)

se abre las puertas del divino Cielo.
¡Amáos en la tierra como hermanos!...
Apoyo al débil dad, pan al hambriento.
Al desnudo vestid, y vuestras manos
al ciego guien, de la luz sediento.
Con el fuerte y soberbio sed humanos;
de la Fé el estandarte dad al viento;
y el nuevo Testamento, al que me inmolo,
predicad sin temor de polo á polo.
Cruzaad sin miedo los revueltos mares,
que á do quier que vayais constante os sigo.
Llevad la calma á los inquietos lares,
ya sēan del magnate ó del mendigo;
y si en vuestro camino hubiere azares
y al encuentro os saliese un enemigo,
que al crimen no os induzca la impericia!...
¡Justicia nada más! ¡Sólo justicia!
La ofensa perdonad del temerario;
el perdon demandad, sufrid la afrenta,
pensando, así al hacerlo, en el Calvario,
donde muerte á sufrir voy triste y lenta.
Que así lo ejecuteis es necesario,
pues de ello me daréis estrecha cuenta.
¡Adios, hijos del alma...! Más no digo.
¡En el nombre del Padre, yo os bendigo!...
*(Extiende las manos sobre los Apóstoles, que
deberán estar arrodillados desde el principio
de esta escena, y elevando la vista al cielo,
se queda un rato extasiado, como encomen-
dándolos al Ser Supremo.—Una melodía dul-
císima, que tambien empezó al hablar Jesus,
se deja sentir con toda la suavidad y piano
posible, cesando cuando éste concluya las
octavas reales.—Despues de una solemne
páusa, dice:)*

Pedro, Jaime, Juan, llegáos. (1)

(1) El Señor escogió á estos tres, como los más señalados y distinguidos por su gracia. Á éstos habia mudado el nombre, dando á SIMON el de *Cephas* ó piedra, y el de *Boanerges* ó hijo del trueno á

que me habeis de acompañar.
Vosotros, podeis quedar. (*Á los demás.*)
¡Señor...!

Quedáos, quedáos!
(*Se vá por la derecha, precedido de S. Pedro,
S. Juan y S. Jaime, y los demás por la iz-
quierda.*)

MUTACION.

Sala en casa de Caifás.

ESCENA IV.

CAIFÁS y ROBOAM.

- CAIFÁS. Por fin, Roboam, ¿se sabe
dónde ese hombre se halla?
- ROB. De Jerusalem las puertas
diéronle esta noche entrada.
- CAIFÁS. ¿Vá solo?
- ROB. Con sus discípulos,
que por do quier le acompañan.
- CAIFÁS. Pues esperemos, que Anás
tal vez noticias nos traiga;
que, segun él, uno de ellos
le entregará sin tardanza.
- ROB. ¿Y si ese hombre se arrepiente,
ó en venir Anás se tarda?
- CAIFÁS. Entónces, es necesario
que los tuyos sobre él caigan,
teniendo seguridad
de prenderle con ventaja.
Mas si en número os superan,

SANTIAGO y á JUAN, sin duda para dar á entender que los destinaba para ser los principales Ministros de su Evangelio; y así fueron mirados despues como las primeras columnas de la Iglesia. A éstos tambien habia escogido para que fueran testigos de la Transfiguracion en el Thabor.

la lucha entónces no trabas;
y donde no alcancen fuerzas,
alcancen astucia y maña.
No habrá paz en mi conciencia,
no habrá reposo en mi alma
hasta que muera ese iluso,
que alucinando á las masas,
Rey de Judéa le nombran,
Hijo de Dios le proclaman.

ESCENA V.

Dichos, ANÁS y JÚDAS.

ANÁS.

Aquí el discípulo está
que arrepentido se halla
de haber seguido la ley
de su mäestro, que es falsa.
Convencido de su error,
compromete su palabra
de entregarle sin demora
á nuestra justa venganza.

CAIFÁS.

Vēamos. ¿Cuál es tu nombre?

JÚDAS.

Júdas.

CAIFÁS.

— Iscariotes?

JÚDAS.

Sí.

CAIFÁS.

Tu nombre otra vez oí.

JÚDAS.

¿Qué hay en ello que os asombre?

CAIFÁS.

Entregar á Jesus, jura.

JÚDAS.

¡Juro!

CAIFÁS.

¿En verdad?

JÚDAS.

Con certeza.

CAIFÁS.

¿Y si es traicion?

JÚDAS.

Mi cabeza

responde de la captura.

CAIFÁS.

Pues si su prision avivas...

JÚDAS.

Esta noche.

CAIFÁS.

Cierto?

JÚDAS.

Cierto.

CAIFÁS.

¿Dónde se encuentra?

JÚDAS.

En el huerto

- llamado de las Olivas.
- CAIFÁS. Contigo irá mucha gente.
Él la tiene.
- JÚDAS. Nó; os engañan.
Tres nada más le acompañan.
- CAIFÁS. No obstante, será prudente.
Y ¿qué medio...?
- JÚDAS. Uno colijo.
- CAIFÁS. ¿Seguro?
- JÚDAS. Respondo de eso.
Aquel á quien yo dé un beso,
Jesus será.
- CAIFÁS. Fijo?
- JÚDAS. Fijo.
- CAIFÁS. Si, como lo dices, sale...
- JÚDAS. Mis dichos son verdaderos.
- CAIFÁS. ¿Y cuánto...?
- JÚDAS. Treinta dineros. (1)
- CAIFÁS. Caro es!...
- JÚDAS. Mucho más vale.
- CAIFÁS. Toma el premio de tu accion.
(*Dándole una bolsa de cuero.*)
- JÚDAS. Venga. (*Cuenta el dinero.*)
- CAIFÁS. ¿Cuentas...?
- JÚDAS. Una á una.
Pudiera ser falsa alguna,
ó haber equivocacion.
- CAIFÁS. Sigue á ese hombre, Roboan,

(1) Ó treinta siclos de plata. Dos siclos corresponden á siete octavos de una onza nuestra; y, por consiguiente, treinta siclos equivalen á trece onzas y un octavo. Cada uno puede con esto reducir este peso á moneda corriente del dia; pero sin perder de vista la diferencia de la liga ó la calidad del metal. En el Testamento viejo, se habla particularmente de esta materia. Causa confusion el considerar con cuán poco se contentó la avaricia de Judas, cuando llegó á tratar la venta de su Maestro, por un precio igual al que se daba por un esclavo. *Exodo XXI, 32.* Pero mayor confusion debe causarnos si reflexionamos, que esta venta de Judas es una terrible figura, de la que hacemos nosotros muchas veces del mismo Señor por un vil interés, por un infame deleite, por una pequeña venganza, por un punto de honra, y muchas veces aún por ménos.

y al CEDRON. (1) ¡Manos á la obra!

JÚDAS. Justos. Ni falta ni sobra;
cabales los treinta están.

(Váse en pos de Roboam.)

ESCENA VI.

CAIFÁS y ANÁS.

ANÁS. No sé qué vago temor
me apesadumbra y me altera!...

CAIFÁS. Desechad toda quimera.

ANÁS. ¿Y si fuese el Redentor?...

CAIFÁS. ¡Pensamiento inoportuno!
Si real fuese esa idea,
de la raza de Judéa
no existiéramos ninguno.
No lo imagineis jamás;
que á ser él hijo de Dios,
fuéramos yá, ámbos á dos,
polvo y ceniza no más.

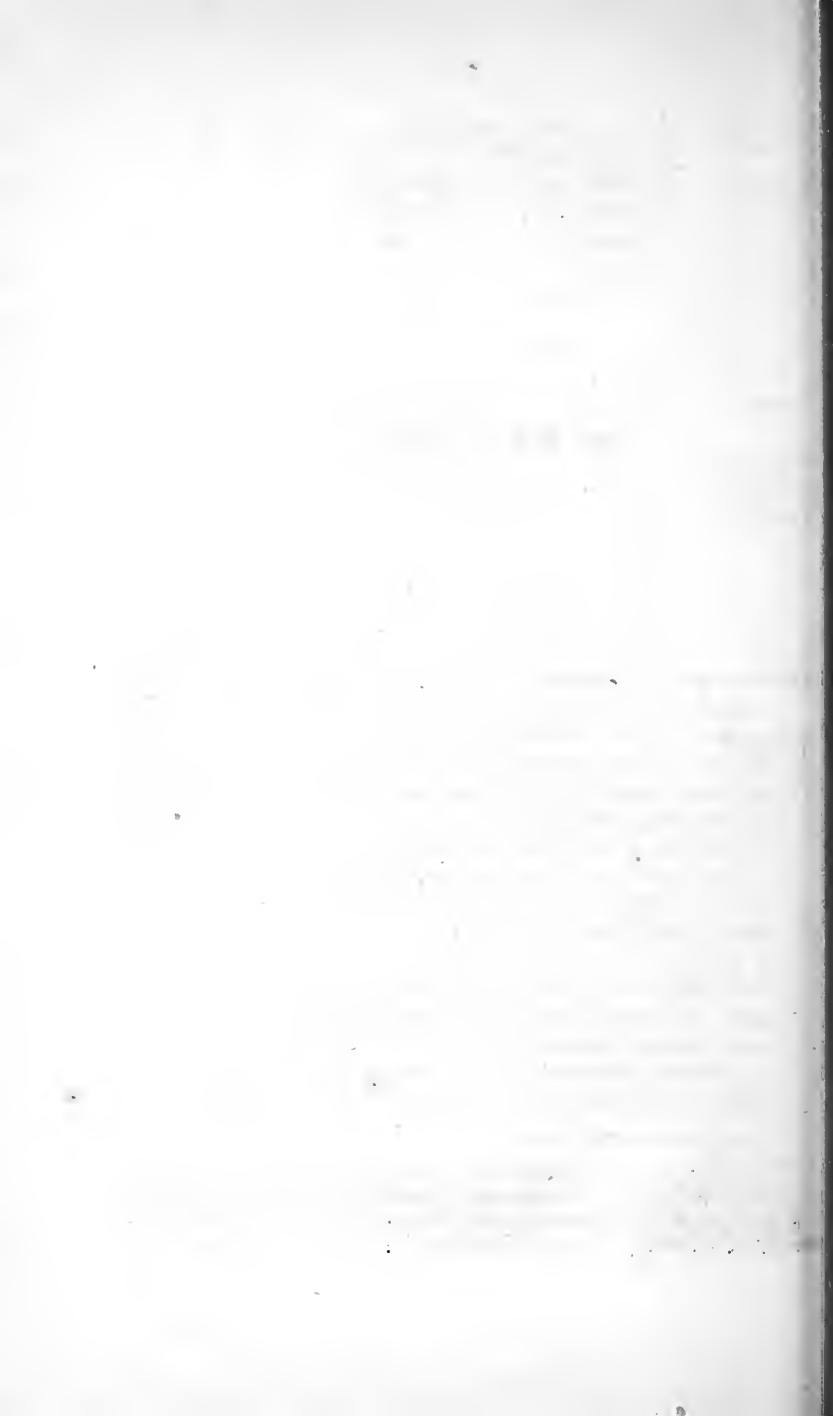
ANÁS. Vuestras razones dán luz
á mi yá ofuscada mente.

CAIFÁS. Dios ó nó, reo ó inocente,
debe morir en la cruz.

(Cae el telon.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

(1) Era un torrente que corria entre la ciudad de Jerusalem y el monte de las Olivas, tenebroso por la sombra que le hacian los muchos árboles que habia á sus dos orillas.



ACTO CUARTO.

El teatro representa el HUERTO DE LAS OLIVAS (1). Olivos y palmeras lo ocupan en toda su extension, pero guardando simetría, por este orden. Los primeros bastidores de ambos términos, palmeras. Los segundos, olivos, y así sucesivamente. A una vara ó dos (segun el ancho del escenario) de las cajas de bastidores, habrá los mismos arbustos, tambien por su orden, variando éstos la forma de colocacion; es decir, los dos primeros serán olivos, y los segundos palmeras, para evitar la monotonía. En el centro de la escena habrá un alto terraplen, que figurará ser una cúspide ó cono truncado, hecho por la escabrosidad del terreno, y en él un olivo más corpulento que los demás, y cuyas ramas casi cubran el diámetro del cono. A un lado un rosal de Jericó, de mediana altura, y cubierto de rosas. Este rosal ha de convertirse en una roca brillante á la vista. Várias sendas llenas de diversas plantas atraviesan la escena. Al fondo, una tapia ó verja con puerta al centro.—Esmérese el pintor.—Es de noche.

(1) Huerto, en la granja de Gethsemaní, llamado así por la fertilidad del terreno. S. GERÓNIMO le interpreta *Vallis pinguisima*. Se halla al pié del monte de las Olivas y como á mil pasos distante de la Ciudad, á la parte oriental.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon, aparece JESUS arrodillado (1) en la elevacion del centro, entregado á la oracion. SAN PEDRO, SAN JUAN y SAN JAIME, recostados convenientemente y dormidos.

CORO. (Dentro.)

¡Cuánto sufre en su tristura!...
¡Cuánto sufre en su dolor!...
Pero vence la ternura,
pero vence aquí su amor.
Con acento dulce canta
El hombre su redencion.

Llevemos la plegaria,
que escucha con fervor
la noche solitaria,
al Reino de los ángeles,
al Trono del Señor!...

JESUS. ¡Padre, que desde el trono de tu gloria del sacrificio horrendo vés la lucha!...
¡Dáme valor en tan supremo instante, y apiádate el dolor de mi amargura!
«¡Pase de mí este cáliz, Padre mio; »pase como tú quieres; cual yó, nunca!» (2)
¡Que al apurar sus heces con mi labio he de lavar al hombre de sus culpas!
Indigno de piedad fuera su crimen, que ante su iniquidad, aleve y cruda, me lleno de terror: mas en tu seno

(1) El modo ordinario de orar, era de pié; pero en las mayores aflicciones, de *rodillas*.

(2) Pater mi, si possibile est, transeat à me calix iste. Verumtamen non sicut ego volo, se sicut tu. (S. MATHEO, cap. XXVI, v. XXXIX.)

no tuvo asilo la venganza nunca.
¿Mi sacrificio quieres, por salvarle?...
Sea, Pádre y Señor, tu ley se cumpla.
*(Vuelve á quedar en oracion mental, durante
el siguiente)*

CORO.

Todo amor por los mortales,
por el hombre todo amor.
¡Bendita su mansedumbre!...
¡Bendito sea el Señor!...
Él será nuestra alegría,
nuestra vida será Dios:
pues sin él no hay esperanza,
ni vida, ni salvacion.
*(Jesus, al terminar el coro, se levanta y ve á
sus discípulos dormidos.)*

JESUS. «¿Velar conmigo una hora no pudisteis» (1),
á pesar de mis ruegos y mis súplicas?...
¡Dormir tranquilamente os ven mis ojos,
y mi dolor inmenso no os asusta!
«Velad y orad, para que no entreis, hijos,
»en tentacion. El alma teneis pura,
»pero la carne enferma» (2), y ser podemos
víctimas de traicion aleve, oculta.
*(Al decir Jesus levantad, S. Pedro, S. Juan
y S. Jaime ván despertando poco á poco, y
arrodillándose, se entregan á la oracion. Je-
sus vuelve á caer de hinojos tambien.)*
¡Oh, Padre mio! Derramad la sangre
que ardiente por mis venas aún circula,
y con ella escribid mi Testamento,

(1) Sic non potuistis unâ horâ vigilare mecum? (S. MATHEO, cap. XXVI, v. XL.)—De aquí se ve que su oracion habia durado una hora con poca diferencia.

(2) Vigilate, et orate ut non intretis in tentacionem. Spiritus quidem promptus est, caro autem infirma. (S. MATHEO, cap. XXIV, v. XLI.)

y al mundo sirva de eternal ventura.

(Transformacion del rosal en roca de oro, y en su centro el Angel (1), que con un cáliz en la mano derecha, y en la izquierda una cruz, dice á Jesus lo que sigue:)

ANGEL. El Dios que desde el Cielo rige al mundo, fuente de inmenso amor y bondad suma, me envia á vos para que al par os muestre esta cruz y este cáliz de amargura. Os contemplo, Señor, y de agua y sangre gotas derrama vuestra frente augusta; mas la ley del Eterno, al apurarle, impresa quedará, firme y segura.

(Desaparece el Angel.)

JESUS. ¡Oh, Padre mio! Si temí un instante y albergue tuvo en mi valor la duda, ¿cómo puedo la vida á ti negarte si aún ántes de nacer era yá tuya? ¡Yo apuraré ese vaso que me ofreces y que yo acojo con febril locura! ¡Nada temo, mi Dios!... Oh! nada temo, si tu divina gracia está en mi ayuda. Mas «levantáos, vamos: ved que llega »el que me entregará» (2).

(1) Apparuit autem illi angelus de cœlo confortans eum. Et factus in agonia prolixius orabat. (S. LUCAS, cap. XXII, v. XLIII.)

S. AMBROSIO dice: Este ángel le fué enviado por su Padre, para que como uno de sus ministros, que envia á los hombres para hacerles conocer sus voluntades, respondiese á los ruegos de su Hijo, significándole que su muerte estaba decretada, como necesaria para la salud del mundo y para la gloria de Dios.

(2) Surgite, eamus: ecce appropinquavit qui me tradet. (SAN MATHEO, cap. XXIV, v. XLIV.)

ESCENA II.

DICHOS, ROBOAM, JÚDAS, MALCO, CENTURION, SAYONES, SOLDADOS y GENTE con espadas y palos, linternas y hachas, que vienen por la puerta del fondo (1).

JESUS. La puerta empuja. (*La abren.*)

ROB. (*Al foro.*)

Disponed, Centurion, que dos soldados registren bien por la maleza inculta, y que otros dos de centinela queden en las puertas del huerto. Advierte, Júdas, que aquel á quien besares prendo al punto.

JÚDAS. Pues preparaos, señor, que aquí se oculta; le distinguen mis ojos claramente á pesar de la noche asaz oscura.

ROB. Marchad delante, pues, que yá os seguimos. (*Se adelanta al proscenio, y Jesus, al verlos, dice:*)

JESUS. ¿Á quién, podré saber, aquí se busca?

ROB. Al profeta Jesus el Nazareno (2).

JÚDAS. Ese soy. (*Todos se arrodillan en silencio.*)

Levantad y que se cumpla lo que el Eterno Padre así ha dispuesto. ¿Por qué vuestro semblante así se anubla? Yo soy el que buscáis. Yo soy, repito. ¡Descargad sobre mí toda la furia! ¡Atraviesen mi pecho en el instante de vuestras lanzas la acerada punta!

(1) S. LÚCAS nos dice, cap. XXII, 52, que acompañaban también á esta vil tropa algunos sacerdotes. JÚDAS iba delante, algo apartado del resto de la gente, para dar sin duda ménos que sospechar á JESUCRISTO y á sus APÓSTOLES de su mala voluntad; y por esta misma razon llegó á saludarle y á besarle como amigo, siguiendo la costumbre de los judíos.

(2) ¿Quem quæritis? Responderunt ei: Jesum Nazarenum. Dicit ei Jesus; ego sum. (S. JUAN, cap. XVIII, y. VII.)

Ofuscados entre tanta luz, no conocieron al mismo que buscaban, y que veían todos los días; queriendo el SEÑOR darles á entender con esto, que estaba en su mano dejarse hallar ó nó, como quisiera.

mas respetad al ménos de los míos
la que están padeciendo horrible angustia.

S. PED. ¿Eso, Señor, suplicas? En mi pecho
jamás semilla el miedo tuvo nunca;
y la existencia arrancará mi acero
(Desenvainándole.)

al que roce no más tu santa túnica.

¡Atrás, atrás, judíos, ó en pedazos
os ha de convertir mi saña justa!...

MALCO. De Caifás á un soldado así provocas?...
El castigo tendrás de tal injuria.

(Vá á acometerle.)

S. PED. Si contigo Caifás aquí se hallára,
á los dos juntamente abriera tumba.

(Le hiere, cortándole la oreja derecha) (1).

MALCO. *(Cayendo arrodillado.)*

¡Herido estoy!

JESUS. ¡Detente! ¿Qué haces Pedro?
«Vuelve tu espada á su lugar, ocúltala;
»que todo aquel que con el hierro mata
»á hierro morirá» (2).

S. PED. ¡Señor...! (¡Oh angustia!)

JESUS. Ninguno de esos hombres existiera
á quererlo no más. «¿Crees, por ventura,
»que no puedo rogarle yo á mi Padre
»y ángeles me enviará contra esa turba
»más de doce legiones ahora mismo?» (3)
Mal piensas, Pedro. Que su ley se cumpla.
Vuelva á tí la salud!...

(Levanta la oreja del suelo y lo sana.)

(1) Et percussit unus ex illis servum principis sacerdotum, et amputavit auriculam ejus dexteram. (S. LUCAS, cap. XXII, v. L.)

(2) Converte gladium tuum in locum suum: omnes enim, qui acceperint gladium, gladio peribunt. (S. MATHEO, cap. XXIV, v. LII.)

(3) ¿An putas, quia non possum rogare Patrem mecum, et exhibebit mihi modo plusquam duodecim legiones angelorum? (SAN MATHEO, cap. XXVI, v. LIII.)

Un solo ángel quitó la vida en una noche sola á ciento y ochenta mil hombres del ejército de Sennacherib, rey de los Assyrios. ¿Qué hubieran hecho doce legiones, que componian más de setenta y dos mil ángeles?

- S. PED. Señor, ¿qué haces?
¿Al que así te ofendió, tu mano cura?
- JÚDAS. «Dios te guarde, maestro» (1). Toma un beso
en premio de tu accion. *(Le besa.)*
- JESUS. ¡Ay de tí, Júdas!
¡Ay de tí, desdichado; ay de tí, mísero,
que en tormento crüel, ciego, me abrumas!
¡Ay de tí, que al venderme, no conoces
todo lo inmenso de tu horrible culpa...!
- MALCO. Á él, soldados!... sujetadle fuerte.
*(Se apoderan de Jesus, al que atan las ma-
nos con un cordel que habrán traído los sa-
yones.)*
- ROB. Á él, á él, y su poder concluya.
Apretad, apretad bien los cordeles
hasta que á su presion los huesos crujan.
- JESUS. ¡Oh ilusos, ciegos, que de aqueste modo
mi sangre haceis brotar con ligaduras!...
¿qué os hice yó para que de esta suerte
me trateis sin piedad, con saña injusta?
¿No he dado vida al cuerpo, que yá frío
encerraba la losa de una tumba?
¿Al ciego no dí luz? ¿Mi pan al pobre,
y hasta partí con él mis vestiduras?
Pues ¿por qué me haceis daño? ¿Por qué entónces
sobre mí descargais tan atroz furia?
- ROB. Que eres hijo de Dios, rey de Judéa,
ván pregonando las villanas turbas,
y nuestra ley dispone tu castigo.
- JESUS. ¿Lo dispone la ley? ¡La ley se cumpla!
(Se lo llevan, conducido por Roboam.)

ESCENA III.

S. PEDRO (2).

¡Ah, divino Maestro! ¡Le arrebatan!

(2) Ave Rabbi. El osculatus est eum. (S. MATHEO, cap. XXVI,
v. XLIX.)

(1) S. PEDRO huyó primero como los otros; pero volviendo un

¡Tan villana traicion mi mente ofusca!
¿Y abandonarle puedo en tal momento?
Mi vida perderé al par de la suya.
*(Vásc precipitadamente.—Júdas queda solo,
y despues de una corta pausa, en la que de-
muestra todo el horror de su crimen, se vá.)*

MUTACION.

Sala en el palacio de ANÁS.

ESCENA IV.

CAIFÁS (1), ANÁS y BENJAMIN.

- CAIFÁS. La impaciencia me devora
y un mar de dudas me asalta,
hasta que al fin Roboam
noticias de ese hombre traiga.
- ANÁS. Pues es precisa, Pontífice,
en estos casos la calma.
Segun dijo su discípulo,
no léjos de aquí se hallaba;

poco sobre sí, y acordándose sin duda de sus protestas, avergonzado volvió pasos atrás, y comenzó á seguir á JESUS, bien que *de léjos*, como afirman los Evangelistas, y porque su corazon, dice S. GERÓNIMO, se iba apartando de su MAESTRO, estando yá muy cerca de negarle. Mas fuese por efecto de alguna centellita de amor, que ardia todavía en su corazon, ó por curiosidad de ver el paradero de toda esta escena, tuvo valor para seguirle, para entrar en el mismo palacio de CAIFÁS, y áun para estarse allí muy de asiento. Si la caida de Pedro fué terrible, su arrepentimiento fué el más sincero, vivo, profundo y pronto, lo que mostró no sólo llorando amargamente, sino con acciones llenas de celo y de fidelidad, que señalaron todo el resto de su vida.

(1) Éste habia comprado á HERODES, por una grande suma de dinero, el Pontificado de aquel año. S. GERÓNIMO.

Por la narracion más extensa que se halla en S. JUAN al capítulo XVIII, 13, se conoce por lo claro, que llevaron á JESUS primero á casa de ANÁS, suegro de CAIFÁS, y en seguida á casa de CAIFÁS. STO. THOMAS dice, que ámbos á dos se juntaron en el palacio de ANÁS.

y á mi juicio, yá en volver
poca ha de ser la tardanza.

CAIFÁS. Pues hasta entónces, Anás,
en mi pecho no habrá calma.
El pueblo que, siempre necio,
cree al que mejor le engaña,
sus virtudes, su saber,
ébrios de su amor aclaman.
Lo que fué chispa fugaz,
yá se ha convertido en llama;
y ¡guay! de nuestro poder,
si en hoguera se trocára!..
El pueblo, fanatizado,
no encuentra diques ni vallas
que resistan sus embates
y contengan su pujanza.

(Se oye un lejano rumor.)

ANÁS. ¿No oís? Lejano rumor
de aquí á percibir se alcanza,
y ese rumor, de seguro,
su prendimiento presagia.

CAIFÁS. Roboam aquí se acerca.
¡La duda crüel me mata!...

ESCENA V.

DICHOS y ROBOAM.

ROB. Salud, Pontífice augusto.

CAIFÁS. ¿Y Jesus, Roboam? Habla.

ROB. En nuestro poder se encuentra.

CAIFÁS. ¿Es cierto? ¡El placer me embarga!
Y el pueblo ¿qué hace? ¿Le acusa,
ó le defiende?...

ROB. Son várias
las opiniones que tiene,
y como siempre encontradas.

CAIFÁS. Mas él ¿qué dice?...

ROB. Se queja
de los hombres, pero acata

la voluntad de su Padre,
que así se lo ordena y manda.
ANÁS. ¡Incomprensible heroísmo!
¡inconcebible templanza!
ROB. ¡Serenos está!
CAIFÁS. Es necesario
que á la cruz ese hombre vaya,
bien sea inocente ó reo.
ROB. Silencio, aquí se adelanta.

ESCENA VI.

DICHOS, JESUS, CENTURION, SAYONES, JÚDAS y SOLDADOS.

CAIFÁS. En nuestra presencia estás,
falso rey de los judíos!...
Á todos los cargos míos
á responder aquí vés.
Mucho tu osadía abarca,
ó mucho debes valer,
despreciando así el poder
de Tiberio y del Tetrárca.
Con tus sediciosos gritos,
mi poder teniendo en poco,
¿cómo te atreviste, loco,
á despreciar nuestros ritos?
De tu audacia dando ejemplos,
con maña artera y aleve
has embaucado á la plebe
y profanado los templos.
Yá que te proclamas Rey,
sin temor, dique, ni valla,
encima de tí se halla
del pueblo hebreo la ley.
Contesta á este tribunal
sin engaños ni falsías:
¿Eres, Jesus, el Mesías,
ó más bien un criminal?
ANÁS. Responde, y si alegas dí
algo de tu causa en pró.

- JESUS. ¿Qué causa he de tener yó,
si falta no cometí?
- ROB. De nuestra ley enemigo
te has declarado. ¿Y lo niegas?...
Pues que así con la ley juegas,
recibe el justo castigo.
(Le dá una bofetada) (1).
- JESUS. De mi vida el plazo acota
si en lo que dije mentí;
mas si es cierto, ¿por qué así
mi rostro tu mano azota?
- CAIFÁS. Yá lo veis; con mansedumbre,
su castigo evadir piensa.
La humildad no es tu defensa,
pues la tienes por costumbre.
- BENJ. ¡Muera!... Le oí, con asombro,
que decia en la ciudad:
«Tan sólo á mi voluntad
vuestro templo fuera escombros.»
- ANÁS. Cierto: y ante mí y testigos
desafió nuestra ley,
y el reino del que él es rey
ofreció allí á los mendigos.
- CAIFÁS. Ahora bien; contestanós:
cual Pontífice, lo ordeno.
¿Quién eres, dí, Nazareno?...
- JESUS. Yo soy el Hijo de Dios.
En breve plazo y preciso
y entre miles de querubes,
veréisme escalar las nubes
y subir al Paräiso (2).

(1) Et ministri alapis eum cædebant. (S. Márcos, cap. XV. v. LXV.)

Otros le herian con varas. Lo que declara más el texto griego, de donde parece que estos ministros eran los alguaciles del presidente.

(2) Ego sum. Et videvitis filium hominis sedentem à dextris virtutis Dei, et venientem cum nubibus cæli. (S. Márcos, cap. XV, v. LXII.)

- CAIFÁS. ¡Detén la lengua, blasfemo!
(Se rasga las vestiduras) (1).
¡Oh, Doctores! Debeis dar
vuestro fallo sin tardar;
todo de este hombre lo temo.
- TODOS. ¡Muera!
- CAIFÁS. Muera en su delirio,
yá que osado y arrogante,
anhelando está el instante
de su crüento martirio.
En el átrio se detenga
bien sugeto al criminal,
hasta que este tribunal
lo mande donde convenga.
*(Roboam, Centurion, sayones y soldados, se
llevan á Jesus, quedando en la escena Caifás,
Anás y Júdas.)*

ESCENA VII.

CAIFÁS, ANÁS, JÚDAS y BENJAMIN.

- JÚDAS. ¡Un volcan siento en mi frente!
¿Y traidor con él he sido?...
¡Le he vendido! ¡Le he vendido!
¡Es inocente, inocente! *(Á Caifás.)*
¡Tomad, tomad el importe
de mi nefanda traicion!
(Les arroja la bolsa.)
¡Que venga pronto un sayon
y la cabeza me corte!...
Mi tronco, en los arenales,
con horror Egypto véa,
y su carne pasto séa

(1) Los judíos, como dice *S. Gerónimo*, acostumbraban rasgar sus vestiduras en señal de un gran dolor, y tambien para manifestar el horror que les causaba el oír una blasfemia. Y esto fué lo que hizo Caifás, faltando en ello á lo que prohibia expresamente la ley de Moisés al Sumo Sacerdote.

de los hambrientos chacales.

Y hecho pedazos y trizas

á sus instintos aviesos,

ardan mis roídos huesos

y aviéntense sus cenizas.

Y cuando no haya resquicio

del infame delator,

¡libertad á mi Señor!...

¡Libertadle del suplicio!...

(Cae de rodillas.)

CAIFÁS. ¡Es tarde!

JÚDAS. ¿Es tarde?

CAIFÁS. Y nosotros

no podemos...

JÚDAS. ¡Ah! ¡sois bronces...!

¡Pues caiga su sangre entónces

sobre mí y sobre vosotros!...

(Huye precipitadamente.)

ESCENA VIII.

CAIFÁS, ANÁS y BENJAMIN.

Ese dinero fué dado

por sangre del Nazareno.

Inviértase en un terreno,

que HACELDAMA (1) sea llamado;

y que los hebréos den

sepultura, de hoy más, quiero,

á todo el que séa extranjero (2)

y muera en Jerusalén. *(Vánse.)*

(1) Este campo, llamado *Haceldama* (Campo de Sangre,) fué comprado á un alfarero, y en él se enterraban á todos los extranjeros; es decir, á todos los que no pertenecian al pueblo de Dios, de los cuales los judíos querian estar separados áun despues de la muerte.

(2) *In sepulturam peregrinorum.* (S. MATHEO, cap. XXVII, y. VII.)

MUTACION.

Montaña escabrosa en el foro, y en ella vários arbustos. Al pié de la montaña una cortadura profunda, donde se precipitan las aguas del torrente, que deberán verse caer del centro de aquella.—Oscuridad profunda.—Truenos interrumpidos por intervalos, y á los que precederán brillantes y rojizos relámpagos. El viento debe sentirse en toda su furia. En la parte baja y en ámbos términos, rocas y piedras esparcidas. La tempestad deberá empezar paulatinamente, para que se oiga el diálogo de Júdas, y se desarrollará con toda su fuerza, al arrojarse éste en la sima.

ESCENA IX.

JÚDAS, desgrenado, sin manto, con el cordon de su túnica en la mano, y presa del más vivo terror.—Pausa, ántes de hablar.—Esmérese el actor.

¡Do quier vagando en mi delirio loco,
de mi sombra no más tiemblo y me espanto;
y todo lo que miro y lo que toco
no tiene para mí vida ni encanto!
De mi crimen perdon en balde invoco,
y al Cielo en balde mi oracion levanto!...
¿Cómo llegar de Dios al trono puro
la plegaria de un vil, á Dios perjuro?...
Las fieras, al mirarme, se amedrentan!...
Las aves, al sentirme, huyen veloces!...
¡Los ecos en mi oido se acrecientan
llamándome ¡TRAIDOR! con roncás voces!...
La tierra do mis piés su planta asientan,
me enseña sus abismos; y feroces,
en huracanes bravos y violentos,
su furia contra mí sueltan los vientos.
Las espumosas aguas del torrente
que su ímpetu á calmar ván á ese lago,

conviértense en un mar de sangre hirviente
á cuya vista de terror me embriago!...

Hiere luégo mi oído de repente
un eco que me nombra, dulce y vago:
y al preguntar ansioso «¿Quién me nombra?»
por do quier de Jesus miro la sombra!...

*(Pausa, durante la cual ata el cordón á su
cuello, y á la rama de una higuera (1) de la
montaña.)*

Agudos dardos á mi pecho oprimen!...
á sustentarme niégase la tierra!...

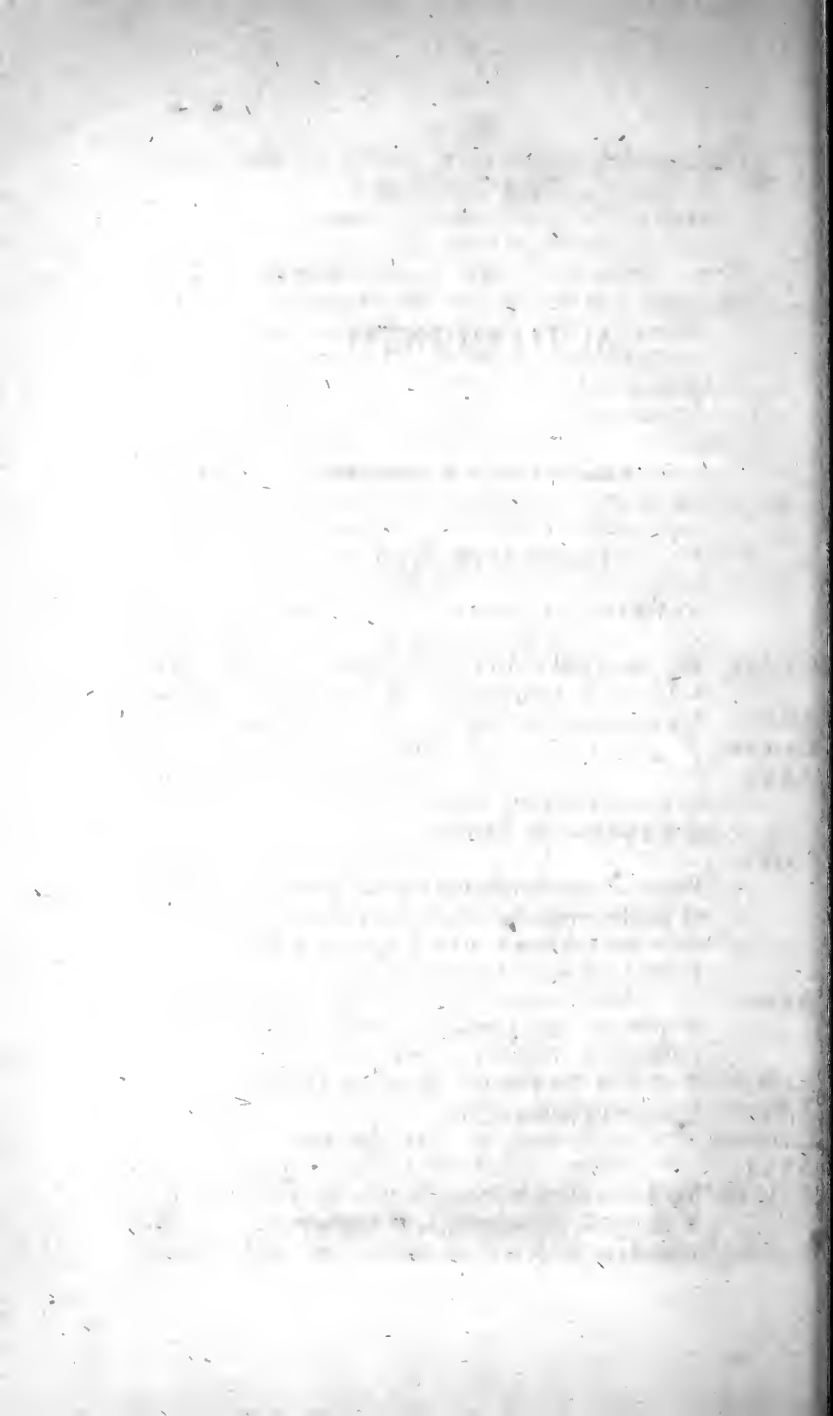
Los montes rugen y los valles gimen,
y el alto Cielo á mi traición se aterra.

Las negras huellas de mi horrendo crimen
darán espanto á cuanto el mundo encierra;
y pues maldito estoy por el Eterno,
acójanme las llamas del infierno.

*(Se precipita al abismo. Á este tiempo, las
rocas y peñas se abren, dejando paso á mul-
titud de diablos con teas rojas encendidas,
dando gritos salvajes, é iluminando la sima
por donde cayó el cuerpo de Júdas. La rama
de la higuera se ha desgajado con el peso del
cuerpo de aquél, apareciendo en lo alto de
su copa una serpiente monstruosa, cuya
boca arroja fuego sobre la sima, la que tam-
bien vomitará llamas. La tempestad se desata
en este momento. Todo ha de ser obra de un
instante.—Ensíyese bien.—Cae el telón.)*

FIN DEL ACTO CUARTO.

(1) Júdas, viendo que el furor de los judíos despues de haberle declarado reo de muerte, no descansaria hasta verle crucificado, abrió los ojos para conocer y condenar su delito. Mas este arrepentimiento fué estéril é inútil, y así añadiendo otro nuevo y mayor pecado de desesperacion, se ahorcó. No consta si la infeliz muerte de este miserable fué ántes ó despues de la de Jesucristo. Es opinion comun, que el desdichado discípulo ató el lazo con que se ahorcó de un árbol: y áun el poeta *Juvenco* determina en particular la higuera: *ficus de vertice*.



ACTO QUINTO.

Salon de paso en el Sanhedrin.

ESCENA PRIMERA.

CAIFÁS, ANÁS, MALECH y BENJAMIN.

CAIFÁS. He mandado, Doctores, que al momento á Jesus le conduzcan al Pretorio.

ANÁS. Yo creo, gran Pontífice, sea en vano.

CAIFÁS. Y ¿por qué, me decid?

ANÁS. Porque conozco el carácter leal, franco y sincero del Pretor de Judéa.

CAIFÁS. ¿Y qué? El buen Poncio Pilatos ¡oh Doctores! tendrá en cuenta el poder que tenemos hoy nosotros, y la sentencia firmará de ese hombre, pues que así lo queremos.

ANÁS. No me opongo á que así ser pudiera, gran Pontífice, aunque lo dudo por mi parte un poco.

CAIFÁS. Á dudar de Pilatos ¿qué os induce?

ANÁS. Que pruebas pedirá.

CAIFÁS. Las damos.

ANÁS. ¿Cómo?

CAIFÁS. Yo las sabré encontrar, si es necesario. Y si vano se obstina, y orgulloso nuestro poder desprecia, haciendo alarde

de su puesto y su mando, yo respondo que de Jerusalem, mal conquistada, á Roma marchará lleno de oprobio; que el pueblo de Israel á voces pide salir del cautiverio vergonzoso en que el altivo César Cayo Augusto le tiene sepultado.

ANÁS.

Me conformo; pero sabed, Pontífice, que á Siria una centuria pide en su socorro.

CAIFÁS.

Y ¿qué le importa al pueblo de Judéa el imperio romano junto todo?... ¡Una centuria más!... ¡grande refuerzo!... Pero vamos, doctores, al Pretorio, que si Pilatos se nos muestra altivo, su altivez domaré; de ello respondo. (*Vánse*)

MUTACION.

Corredor bajo, ó pasadizo, en el Sanhedrin.

ESCENA II.

S. PEDRO, que sale cautelosamente y observando por todas partes.

Aquí se debe encontrar
que hace poco le trajeron,
y sin duda le escondieron.
¡Si yo le pudiera hallar!...
Los que preso le han traído
guardarle deben aquí.
¿Cómo pregunto? ¡Ay de mí!
Voy á ser reconocido.
No es que me infunda temor
ninguno de ellos, nó á fé;
pero si sospechan... ¿qué?...
De pasos oigo el rumor,
retirémonos á un lado.

(*Se retira al fondo.*)

ESCENA III.

S. PEDRO, CENTURION, SOLDADOS, una CRIADA (1).

- CENT. Vamos el preso á llevar
y... ¡qué miro! ¿quién á entrar
en este recinto ha osado?...
- CRIADA. ¡Calla! Ese es el hombre... cierto;
que con Jesus se encontraba.
- S. PED. No es verdad.
- SOLDAD. (2) Con él se hallaba
anoche mismo en el Huerto.
- S. PED. «Yo no conozco tal hombre» (3).
- SOLDAD. Con él estabas allí.
- S. PED. ¡Si yo á Jesus nunca ví!...
Os lo juro por mi nombre.
- SOLDAD. Con su espada, audaz y loco
á Malco hirió luégo... (*Vá á prenderle.*)
- S. PED. ¡Atrás!...
Ni yo ví á Malco jamás....
- SOLDAD. ¿Que nó...?
- S. PED. Ni á Jesus tampoco.
- CENT. ¡Basta! El tiempo no perdamos;
por lo visto éste no fué.
- SOLDAD. ¡Jurára yo por mi fé!...
- CENT. Vamos por el preso.
- TODOS. Vamos. (*Se marchan.*)

ESCENA IV.

S. PEDRO.

(*En el momento de quedarse solo, se oye el canto lejano de un gallo.*)

¡Qué hice yo, miserable y fementido!

(1) Esta criada fué la que asistia á la puerta y habia introducido á Pedro, la cual viéndole, le dijo, segun S. *Matheo* y S. *Márcos*: «Tú tambien estabas con Jesus el Galileo.»

(2) Pariente de Malco.

(3) Et iterum negavit cum juramento: quia nom novi hominem. (S. *MATHEO*, cap. XXVII, v. LXXII.)

¡Piedad no hay para mí en el Cielo santo,
Pues ántes ¡oh Maestro! que á mi oído
del nuncio de mi mal llegára el canto,
por tres veces negarte ¡ay! he podido!
¡Invocar tu piedad sólo me resta,
si por ventura la piedad merece,
la negra accion que cometí funesta!...
Mas yá el remordimiento en mi alma crece.
¡Á mi culpa, Señor, tu perdon presta!...
*(Se lleva las manos á la cabeza, y se retira
sollozando.)*

MUTACION.

El teatro representa el Pretorio (1).—Estará dividido en dos partes, alta y baja.—La baja constitúyela el mismo tablado del escenario, en su primera y segunda caja. Desde ésta al foro, y á una elevacion de dos varas, está el salon del Pretorio formado de columnas marmóreas, y en cuyo centro un águila extenderá sus alas. La parte anterior irá revestida de una balaustrada tambien de mármol, que arrancará desde el hueco de las escalinatas que para subir á él deberá haber en los dos costados extremos, hasta unirse con el balcon volado que habrá en el centro. En los arranques de las escalinatas, cuatro estátuas de otros tantos Emperadores romanos, de tamaño natural. Debajo del balcon, una pequeña columna truncada, tambien de mármol. Del centro del bambalino del Pretorio que está en el primer término de la parte alta, penderán dos águilas, sosteniendo las armas de Roma en un escudo, el cual tendrá por debajo esta abreviatura: S. P. Q. R.—Al levantarse el telon, cuatro lictores guardan las escaleras.

(1) *Pretorio* en su origen significaba entre los romanos la tienda del General de los ejércitos, á quien ellos llamaban *Pretor*, como que en él residía la suprema autoridad. En los tiempos sucesivos se dió este nombre al palacio de los Gobernadores que enviaban los romanos á las provincias. Aquí puede significar la sala de audiencia en donde oía de justicia.

ESCENA V.

PILATOS en el Pretorio, y LICTORES (1).

Hambrientos de castigo los judíos
entregan á Jesus á mi justicia;
y al ídolo que ayer cantos alzaban,
hoy, en su furia, miserables pisan.
¡Esta es la humanidad! ¡Estos los hombres,
que pagan el amor con saña inicua,
declarándose acérrimos contrarios
de aquél que por su bien sólo predica!...

(Sacando un pergamino.)

Mi esposa en esta carta le defiende;
y su inocencia en ella, tal me pinta,
que el sueño que tuviera, puede acaso
ser de ese Cielo permission divina.

Léamos otra vez, que yá el momento
de fallar rectamente se aproxima.

(Pausa.—Á poco tiempo dice leyendo:)

«No puedo, como mujer,
»hasta el Pretorio llegar;
»pero esta carta al tomar
»dígnate al punto leer.
»En sueño que largamente
»vino mi reposo á herir,
»he llegado á descubrir
»que Jesus es inocente.

(1) Poncio Pilato no era propiamente sino un Procurador de Judéa. Así llamaban los romanos á los que estaban encargados de recoger las rentas del imperio. *Dio Cassius, libro LIII. Tacito, Annalis, lib. XV.* Los que eran enviados á provincias grandes gobernadas por un Presidente, solamente tenían la superintendencia de las rentas: pero cuando las provincias eran pequeñas, ejercían también la autoridad de Gobernadores, y de esta clase era Pilato. Los romanos habían quitado á los judíos la potestad de condenar algun reo á pena capital: y por esta razón, aunque Caifás declaró á Jesucristo reo de muerte, no dió contra él la sentencia, sino que lo remitió al Gobernador de la provincia.

»Yo le he visto, dulce y tierno,
»de viva luz circunidado,
»subir de ángeles cercado
»á la mansion del Eterno.
»Despues, la tierra temblar
»debajo mis piés senti;
»y cerca y léjos de mí
»los huracanes bramar.
»Las luces del sol, tan bellas,
»miré luégo oscurecer;
»y sus discos esconder
»las rutilantes estrellas.
»Miré en pós de sangre un rio
»ahogándome en su corriente!...
»¡Pilatos!... ¡Es inocente!...
»¡Salva á ese hombre, esposo mio!...» (1)

(Larga pausa, tras de la cual dice:)

¿Por qué de Roma augusta en detrimento,
y en mengua de mi honor ¡oh estrella mia!
llegó á mis manos tan absurda causa?...
¿Y consentir podré tal injusticia?
¡Si una centuria más aquí tuviera,
quién es Pilatos, Israel sabria!...
Aquí llega Jesus. En este trance,
al Supremo Hacedor ruego me asista.

(1) El autor de la carta *ad Philip, n. 4*, atribuida á S. Ignacio, Obispo de Antiochia, y algunos otros autores han creído que fué el Demonio el que envió este sueño á la mujer de Pilato, con el fin de estorbar, cuanto le era posible, la muerte de Jesucristo, porque comenzando á conocer la divinidad del Señor y á penetrar los misterios de su muerte, conocía muy bien los grandes efectos que produciría á favor de los hombres. Pero todos los otros Padres han creído que fué un sueño enviado por Dios, para justificar en el concepto del Presidente, á aquel que los judíos querían que él mismo condenase.

ESCENA VI.

PILATOS, JESUS, CAIFÁS, ANÁS, ROBOAM, MALECH, BENJAMIN, CENTURION, SAYON 1.º, SAYON 2.º, LICTORES, HOMBRES, MUJERES y NIÑOS del pueblo.

(Jesus es conducido por los sayones, los cuales le hacen subir al Pretorio por la escalinata izquierda. Le han antecedido Caifás, Anás y los Doctores, subiendo por la escalinata derecha. El pueblo invade la parte baja del Pretorio.)

CAIFÁS. ¡Ilustre Pretor romano!
A ese hombre, convicto reo,
á tu justo tribunal,
para que juzgues, traemos.
Grandes rumores,)

PILAT. - Antes de todo, Pontífice,
guarden las turbas silencio;
soy Pretor de la Judéa
y orden exijo y respeto.
(Pausa.—Cesan los rumores.)

Los delitos de Jesus,
saber al punto deseo.

CAIFÁS. De vil impostor le acuso,
que alucinando ese pueblo,
predicó falsas doctrinas
nuestras leyes infringiendo,
proclamándose el iluso
Hijo de Dios verdadero.
De los ritos hace escarnio,
se burla tambien del templo,
y justicia os piden pronta
por tal crimen los hebréos.

PUEBLO. ¡Sí, sí! *(Rumores vivos.)*

CAIFÁS. ¿Lo escuchais, Pilatos?...
Voz del pueblo, voz del Cielo (1).

(1) Hay dos asonantes en este verso, por no alterar el refran tan conocido.

(Bajan los sayones á Jesus, por la misma escalinata que le subieron; síguelo el pueblo enfurecido, dando gritos y silbidos, y en pós de éste, Caifás y los Doctores: Anás les dice al bajar.)

ANÁS. ¡Si el Tetrarca no le juzga, muy mal nuestra causa veo.) *(Vánse.)*

ESCENA VII.

PILATOS.

¡Id, miserables, andad;
gozáos en su tormento!...
Mas nunca podréis decir
que Pilatos tuvo miedo.
¡Ojalá no sea preciso
envilecerme al extremo
de firmar esta sentencia
en contra de mi deseo! *(Váse.)*

MUTACION.

Sala de Justicia en el palacio del TETRARCA.

ESCENA VIII.

HERODES, que aparece, CAIFÁS, ANÁS, DOCTORES, JESUS, SAYONES, CENTURION y pueblo, que entran por la izquierda.

CAIFÁS. El romano Pretor, á tu venganza entrega el criminal, excusas dando; y á juzgarle se niega, pretextando que á un galileo su poder no alcanza.

ANÁS. Adelanta, Jesus, yá le conoces. *(Al Tetrarca)*
En la presencia estás del Soberano!
Inútil creo y á mi juicio en vano,
el relatar sus crímenes atroces.

HEROD. Humilde por demás se encuentra el hombre

que ante el pueblo judáico, rey se ostenta!..
voy á pedirte de tus hechos cuenta;
si mientes, morirás, ¡juro á mi nombre!
¿Eres tú, dime, quien mi templo santo
en escombros trocar puede en tres dias? (1)
¿Eres tú aquel que se anunció el Mesías?...
¡Cómo, blasfemo, te atreviste á tanto!
¿Ignoras, di, que mi poder abarca
á cuantos en Judá su huella imprimen,
y que así, al cometer tan negro crimen,
los ritos despreciastes y al Tetrarca?...
¡Contesta yá por fin, desventurado!
Dí, ante tu rey, á quien tuviste en poco,
que eres un impostor, que eres un loco!

(Pausa.)

¡Habla, Jesus! ¿No quieres? ¡Desdichado!...
¿Rechazas la esperanza, acaso única
que á salvacion te lleve?... ¡Por mi nombre!
¡Símbolo de locura, de ese hombre
vistase el cuerpo con la blanca túnica! (2)
(Los sayones se la ponen.)
¡Llevalle ante Pilatos!...

PUEBLO.

¡Nó!

HEROD.

¡No doma

mi augusta voluntad vuestra impaciencia!
Llevalle prontamente; su sentencia
sólo puede dictar el Juez de Roma!

(Se llevan á Jesus otra vez por el mismo órden
que entraron.—Voces y amenazas del pueblo;
que le sigue.—Los Doctores cierran la co-
mitiva.)

(1) La expresion de Jesucristo habia sido: *Destruid este templo, y en tres dias yo lo reedificaré.* Y en estas palabras entendia el templo de su cuerpo, no el material de Jerusalem, como nota *San Juan.*

(2) *Et illisit indutum veste alba, et remisit ad Pilatum.* (SAN LÚCAS, cap. XXIII, v. XI.)

Esta túnica era una *vestidura brillante y magnífica*, queriendo, al ponérsela, que hiciese el papel de un rey de teatro.

MUTACION.

El Pretorio.

ESCENA IX.

PILATOS.

Ese rumor que gigante
vá en mis oídos creciendo,
por mi desgracia me anuncia
que Herodes me vuelve el reo.
¿Y castigar podré á un hombre
que es justo, inocente, bueno?...
¡Y cómo nó!... Sin legiones,
de Syria hallándome léjos,
sucumbir habré por fuerza
á la voluntad del pueblo!...
Mas ¡ay de los sacerdotes
que su muerte me pidieron!...
¡Ay de la raza judáica!...
¡Ay del poder de Tiberio!...
y ¡ay de mí, que avasallado,
á ese gran hombre condeno!...

ESCENA X.

PILATOS, JESUS, CAIFÁS, los DOCTORES, PUEBLO y todos los
que por primera vez vinieron al Pretorio, y por el mismo orden.

CAIFÁS. Gobernador, el Tetrarca
su justicia deponiendo,
á tí, para que le juzgues,
á Jesus manda de nuevo.

PILAT. ¿Y cómo no le sentencia?
¿Tiene acaso algun recelo?...
Si nó, «tomadle vosotros,

- »y crucificadle (1).»
CAIFÁS. Pero....
es que sangre derramar
en la Pascua, no podemos.
PILAT. Y quereis que la derrame
Poncio Pilatos, ¿no es esto?...
¡Jamás, Doctores! Las leyes,
me lo impiden, del imperio,
que no pueden condenar
si ántes no media un proceso.
PUEBLO. ¡Que le juzgue, si!
CAIFÁS. ¿Oyes, Poncio?
Yá le procesó mi pueblo.
Oye sus voces, y tiembla!...
Juzga al criminal!
PILAT. Yo veo
un inocente ante mí,
y sentenciarle no debo.
CAIFÁS. ¡Poncio!... Considera bien
que si te obstinas severo,
los rencores que hacía Roma
ván en Isráel creciendo
pueden desatarse altivos
y enfurecerse soberbios,
y la Judéa quizás
se emancipe del imperio.
PILAT. ¿Al César amenazais?...
Vanos son tales denuestos.
¡Si las águilas romanas
ráudas elevan su vuelo,
ante sus garras potentes
caerán los voraces cuervos!...
ANÁS. (Á Pilatos.) (Cese tu arrogancia y dime:
¿Quieres que diga á ese pueblo
que para el César romano
despojaste, Poncio, el templo?...)
PILAT. (¡Calla, calla!...)
ANÁS. (Sólo callo

(1) Accipite eum vos, et crucifigite. (S. JUAN, cap. XXIX, v. VI.)

Si sentencias.)

PILAT. *(Con abatimiento.)* (¡No hay remedio!...) (1)
(Pausa corta, despues de la cual Pilatos, hon-
damente afectado, dice á Jesus:)

Jesus, de fijar tu suerte
llegó el critico momento.
«¿Eres Rey de los judíos?»

JESUS. «Tú lo dices. En efecto;
»soy Rey, soy nacido al mundo
»y venido de los Cielos,
»para dar un testimonio
»de la verdad. Y es tan cierto,
»que aquél que á ella pertenece
»mi voz escucha» (2).

CAIFÁS. *(¡Oh, infierno!)*

PILAT. Azotadle, y dé principio,
pues lo quereis, su tormento (3).

*(Los sayones bajan á Jesus entre la algazara
del pueblo. Le atan á la columna truncada;
y con unos manojos de aliagas, que deberá
haber traído un sayon miéntras lo están
atando los otros, le azotan cruelmente, du-
rante el siguiente)*

CORO.

Del falso Profeta,
del vil impostor,
azote la espalda
el rudo sayon.
Infame, hechicero,
tu instante llegó.

(1) Témio que le acusasen ante Tiberio, y al cabo cedió al furor de los judíos.

(2) Es rex Judeorum? Respondit Jesus: Tu dicis quia rex sum ego. Ego in hoc natus sum, et ad hoc veni in mundum, ut testimonium perhibeam veritati: omnis, qui est ex veritate, audit vocem meam. (S. JUAN, cap. XIX, y. VII.)

(3) Los romanos acostumbraban hacer azotar á los que condenaban á ser crucificados, ántes de ponerlos en la cruz.

¡Que muera! ¡Que muera
el Hijo de Dios!

(Para azotarle le han despojado de la túnica, dejándole completamente desnudas las espaldas. De cintura abajo, estará cubierto con unas enaguillas cortas, hasta las corvas. Al concluir el coro, le desatan, y Jesus cae sin sentido al suelo, encima de la túnica que le quitaron. Dos de los sayones lo levantan, mientras otro habrá ido por una corona de espinas (1), una caña seca, un manto de grana y un banquillo de madera, donde lo sientan.)

SAY. 1.º ¿Por qué la cabeza inclinas,
 Señor de Jerusalem?...
 ¡Te debe sentar muy bien
 esta corona de espinas!...

(Se la pone en la cabeza, y de su frente y sienes se ven correr hilos de sangre. Cuanta más dureza é ironía haya en los sayones, mayor será el contraste con la humildad de Jesus.)

SAY. 2.º No hizo su rostro una mueca!...

SAY. 1.º Llémosle.

SAY. 2.º ¡Vade retro!

 ¡Á este rey le falta un cetro!...

SAY. 1.º Pues ahí vá una caña seca.

(Se la ponen en sus manos.)

ANÁS. ¡Ni un suspiro en su dolor!...

 ¡Ni una lágrima siquiera!...

(1) Et exuentes eum, chlamydem coccineam circundaberunt ei, et plectentes coronam de spinis, posuerunt super caput ejus, et arundinem in dextera ejus. (S. MATHEO, cap. XXVII, v. XXVIII.)

Clamys, en latin *paludamentum*, significa propiamente un manto, que usaban los reyes, y tambien los generales del ejército.

La *Corona* en su origen fué símbolo del Sol. Los reyes se la apropiaron despues. Con esto parece que quisieron significar, que ellos eran para sus pueblos lo que el Sol para el Universo. Así mismo tomaron el *cetro* á ejemplo de los *pastores*, cuyo nombre igualmente se aplicaron, *Homer. Iliad.* Lib. II, pues estos usaban del cayado para conducir y defender á sus ganados.

CAIFÁS. El suplicio que le espera
amenguará su valor.
(*Miéntas Caifás y Anás han dicho los ante-
riores versos, los sayones han subido á Jesus
al Pretorio.*)

ROB. Jamás ví mayor aplomo.

BENJ. Nada hay que su orgullo dome.

PUEBLO. ¡Que se asome! ¡Que se asome!

PILAT. (*Asomándolo al pueblo en el balcon.*)
Pueblo de Isráel, ¡ECCE HOMO! (1)

PUEBLO. ¡Muera! ¡Muera!...

PILAT. ¿Y así infama
este gran pueblo su honor?...
¿No le basta á su furor
esa sangre que derrama?
¿No mirais que esos abrojos
vân su frente desgarrando
y que inerte, vá cegando
la luz que ardia en sus ojos?...
¿No le contemplais, judíos,
mártir de su pensamiento,
sin exhalar ni un lamento
de sus mústios lábios frios?...
¿Aun le crééis delincuente
cuando tranquilo se halla?...
Este hombre, que sufre y calla,
este hombre es inocente.
El salvar á un sentenciado
se acostumbra en este dia (2).

(1) *Ved aquí al hombre*, que vosotros acusais de haber que-
rido usurpar el reino. Juzgad si un tal hombre, reducido á tales
términos, puede hacer sombra ni dar que temer á los judíos ni á los
romanos. El desígnio de Pilato presentándoles á Jesus en un estado
que podia mover á compasion á las mismas fieras, fué de ablandar
su corazon, viendo reducido al último extremo á aquel hombre,
en quien él les declaraba que no habia encontrado ninguna *causa*,
esto és, *delito*.

(2) De la Pascua, costumbre introducida por los judíos, en
memoria de haber sido librados por Dios de la esclavitud de Egipto,
y que conservaron, segun se ve en este lugar, los romanos, señores
de la provincia.

¡Muévate, pues, la agonía
que padece el desdichado!
ilumina tu razon,
sin que en ella el rigor mande.
¡Pueblo de Isräel, sé grande!...
¡Concédele tu perdon!...

PUEBLO.

Que muera!

PILAT.

Perdon!

CAIFÁS.

Jamás!

No hay perdon para el malvado!

ANÁS.

Que muera crucificado!...

PUEBLO.

Y sálvese Barrabás (1).

PILAT.

¡Pueblo, tu juicio es precario!

¡Detente, por Dios, detente!...

¡Es inocente, inocente!...

¡Yo lo juro!

CAIFÁS.

Nó.

PUEBLO.

Al Calvario!

CAIFÁS.

Oye á ese pueblo que zumba!...

Los ojos abre á la luz!...

Ó ese hombre muere en la cruz,

ó el Pretorio se derrumba!

Basta de poder tirano,

que nuestro orgullo lastima.

Jerusalen, está encima

del Capitolio romano.

PILAT.

¡Cobardes! ¡Habeis vencido

de la Judéa al Pretor,

y al romano Emperador

infamar habeis querido!

¿Y lo sufro con paciencia?

¡Raza cobarde y maldita!

Sea. Aquí traigo escrita

de ese hombre la sentencia.

(Desarrolla un pergamino.)

Como vuestro afán yo sé,

(1) Esclamavit autem simul universa turba, dicens: Tolle hunc, et dimitte nobis Barrabbam. (S. LÚCAS, cap. XXIII, v. XVIII.)
Barrabás era un ladron, asesino y sedicioso.

y desde luégo creí
que habríais de obrar así,
de antemano la dicté.
¿Sangre quereis? ¡Por mi nombre!
¡Derramadla pronto, sí...!
Mas en vosotros y en mí
la sangre caerá de ese hombre (1).
Escuchad; oid, villanos!....
(Las lágrimas me comprimen!...)
Pero aguardad: de este crimen
me voy á lavar las manos (2).

*(Un soldado romano le acerca un aguamanil
de plata y una tohalla, y despues de lavarse
lee en alta voz:)*

SENTENCIA: Yo, Poncio Pilatos, Pretor
y Presidente por el Romano Imperio, de la
Judea inferior aquí en Jerusalem; sentencio
y digo que condeno á muerte á Jesus, á

(1) Sanguis ejus super nos, et super filios nostros. (S. MATHEO, cap. XXVII, v. XXV.)

¡Terrible imprecacion! Su funesto efecto ha sido, es y será siempre bien visible. El estado á que fué reducida la nacion de los judíos, llegando á ser el oprobio de todos los pueblos, ha sido el cumplimiento de esta maldicion, que pronunciaron contra sí, y este mismo cumplimiento deberia abrirles al presente los ojos, para que viesen una luz que podria disipar las tinieblas de muerte, en que voluntaria y pertinazmente se hallan sepultados. Nuestro *Juvenco* expresa al vivo esta horrible imprecacion.

Hoc magis inelamant: Nos, nos cruor iste sequatur, et genus in nostrum scelus hoc et culpa redundet.

(2) Videns autem Pilatus quia nihil proficeret, sed magis tumultus fieret; acceptâ, aquâ, lavit manus coram populo, dicens: innocens ego sum à sanguine justii hujus: vos videritis. (S. MATHEO, cap. XXVII, v. XXIV.)

Mandaba Dios en el *Deuter.* XXI, 6, que cuando se encontrase el cuerpo de un hombre muerto, sin haberse descubierto el matador, se lavasen todos las manos en testimonio de su inocencia. Pilato, ó conformándose con esta práctica de los judíos, ó porque esta costumbre fuese tambien comun á lavarse las manos, podia condenar sin ningun remordimiento al que reconocia y publicaba inocente, solamente por satisfacer á los judíos. Mas no es el agua la que purifica el corazon; y el delito que se contrae por un consentimiento injusto del alma, no se limpia con una exterior ablucion del cuerpo. (*S. Leon.*)

quien la plebe llama Nazareno, nacido en Galilea, hombre sedicioso, contrario á los hebreos ritos, y á las leyes de Tiberio César, Augusto Emperador. Y por la dicha mi sentencia ordeno que su muerte sea en cruz y enclavado de piés y manos, como se acostumbra hacer con todos los malhechores. Dispongo asimismo que vaya con la cruz al hombro, entre dos ladrones, por calles y plazas, saliendo de la ciudad por la puerta Págora, y conduciéndole al monte Calvario, en el cual será crucificado. Mando tambien que se ponga una inscripcion en lengua hebrea, griega y latina, que diga: «Este es Jesus Nazareno, rey de los Judios.» Dicha inscripcion, escrita sobre un cartel, será fijada encima de su cruz. Será declarado rebelde al imperio todo el que á esta justicia se oponga, la que firmo en Jerusalem, en el dia 23 de Marzo del año cinco mil doscientos treinta y tres de la creacion del mundo.—Yo, PONCIO PILATOS, Juez y Gobernador de Judea, por el Romano Imperio.»

CAIFÁS. Y ese rótulo ó inscripcion encima la cruz escrito...?

PILAT. De vuestra infamia y delito será el eterno padron.
Y así el mundo dirá bien de nuestro honor en disculpa:
«Roma no tuvo la culpa,
la tuvo Jerusalem!»
Os entrego á ese hombre yá.
Lleváoslo, vuestro sea!

PUEBLO. ¡Viva el pueblo de Judea!

CAIFÁS. ¡Viva!...

(Vánse todos en desórden. Despues que el pueblo se ha ido, exclama Pilatos con voz muy entonada:)

PILAT. Maldito será!!! *(Cae el telon.)*

FIN DEL ACTO QUINTO.

ACTO SEXTO.

El teatro representa una ancha calle, que es la de la *Amargura*. En último término derecha, gran pórtico del gusto romano, que dá entrada al Pretorio. Al lado de éste, dos figuras de gran tamaño, representando personajes célebres del imperio. El foro del teatro lo compone un gran edificio con azotea practicable, á la que rodea una balaustrada de mármol, calada y adornada de bustos y jarrones. Los costados del teatro son otros tantos edificios del gusto de la época, cuyos balcones y ventanas son tambien practicables, así como sus tejados y chimeneas. La primera caja de la derecha y la última de la izquierda deben ser calles abiertas. Al levantarse el telon, el pueblo de ámbos sexos invade la escena, agrupándose en los costados de ella como para dar paso á la comitiva. La azotea del edificio de enfrente, ó sea del foro, cuajada de curiosos de todos sexos y edades, así como los balcones y ventanas de las casas de los costados. Encima de las chimeneas, niños encaramados. Todos esperan la salida de Jesus del Pretorio, que será despues del siguiente

CORO.

Yá á la muerte caminando
vá ese falso, inícuo rey,
y á mirarle en el suplicio
marcha el pueblo de Isráel.
Si intentar osára alguno
su existencia defender,

sea al punto castigado
con la espada de la ley.

ESCENA PRIMERA.

Concluido el coro, se oye dentro del Pretorio una marcha fúnebre, que será tocada por instrumentos de metal, y á cuyo compás sale la comitiva por este orden.—1.º Un piquete de seis soldados hebreos con un jefe á la cabeza, de dos en dos. (1).—2.º La banda de romanos.—3.º Cuatro soldados romanos.—4.º Un sayon con una escalera al hombro.—5.º Dimas y Gestas, atados por los brazos, y con una cuerda al cuello, que lleva otro sayon.—6.º Dos soldados hebreos.—7.º Dos sayones, que conducen una gran bocina por las extremidades, y detrás el pregonero.—8.º Ocho soldados romanos.—9.º Un sayon con una espuerta llena de clavos y martillos, que hará sonar al hacer alto.—10.º El Centurion y dos soldados romanos.—11.º Los sayones 1.º y 2.º.—12.º Jesus con la cruz al hombro, y llevado por un sayon (á la fuerza), el cual tira de una larga cuerda que atada traerá aquel á su cuello.—Y 13.º La centuria romana. Al llegar el pregonero al centro de la escena, tocan la bocina; deberá producir un eco lúgubre, al cual cesará la banda, oyéndose en el mayor silencio el siguiente pregon:

PREGON. Escuchad. *(Leyendo en un pergamino.)*
Poncio Pilatos,
de la Judéa Pretor,
condena á muerte á Jesus,
el llamado Hijo de Dios.
Y para más afrentar
á tan villano impostor,
manda que se le ejecute
en cruz, y en medio de dos
ladrones, para que sea
más inmenso su baldon.
Todo el que en defensa suya
proferir ose una voz,
impidiendo esta justicia,

(1) En los teatros que lo permita el escenario, este piquete debe ser á caballo.

como rebelde y traidor
la misma pena en el acto
sufrirá sin remision.

¡Pueblo de Isráel, acata
la justicia del Pretor!...

(Vuelve á sonar la bocina, y á oirse la marcha fúnebre, poniéndose de nuevo en movimiento la comitiva.)

SAY. 1.º *(Al pueblo que se agrupa para ver de cerca á Jesus.)*

¡Abrid paso! ¡Atrás, atrás!...

¡Adelante, hijo de Dios!...

¿No puedes yá con la cruz?... *(Á Jesus.)*

¡Tira firme!

(El sayon tira con tal violencia, que dá con Jesus en tierra.)

¡Yá cayó!

(Procúrese que esta caída primera, sea en el primer término derecha.)

VERÓN. *(Saliendo de un grupo de la izquierda acompañada de otras dos mujeres.)*

¡Verdugos, no así inhumanos
empleéis vuestro rigor!

SAY. 2.º ¡Arriba! *(Tirando del cordel.)*

VERÓN. ¡Cruel, detente!...

SAY. 1.º ¡Fuera de aquí!...

VERÓN. ¡Compasion!...

¡Compasion para este mártir!...

SAY. 1.º Fuera digo!

VERÓN.

No me voy,
sin que enjague de su rostro
de sangre y agua el sudor...!

(Le acerca un lienzo al rostro.)

Mas ¿qué miro? ¡Ah, Jesus mio!...

(Queda estampada la imágen de Jesus en el lienzo.)

Un traslado fiel quedó
de vuestra fáz en el lienzo.

(Cae de rodillas.)

¡Hijo del Supremo Dios!...

- ¡De mis culpas y pecados
concédeme absolucion!...
- SAY. 1.º Basta yá, fuera de enmedio.
- SAY. 2.º Fuera mujeres. (*Levantando á Jesus.*)
- VERÓN. ¡Qué horror!
(*Retirándose con las que la acompañaban.*)
- JESUS. «¡Hijas de Jerusalem,
»no lloreis sobre mí, nó...!
»¡llorad, sí, sobre vosotras
»y vuestros hijos!» (1)
- SAY. 1.º ¡Furor!...
- CENTUR. Basta, y adelante el reo.
(*Vuelve á oirse la marcha, que cesará cuando
Jesus dé las caidas, y continuará al levantar-
se: cada vez se oirá más piano, para no in-
terrumpir el diálogo.*)
- SAY. 1.º Anda, infame, falso Dios.
Si eres hijo del Eterno,
demándole proteccion
y que te ayuden sus ángeles.
(*Jesus vuelve á caer: esta vez deberá hacerlo
en el centro del teatro.*)
Por segunda vez cayó.
Será preciso ayudarle.
- CENTUR. Venga un hombre en su favor;
se le pagará el servicio.
¿No quiere ninguno?...
- SIMON. (*Saliendo de un grupo de la derecha.*)
Yó.
- SAY. 1.º ¿Tú te prestas?
- SIMON. Yo me presto,
y sin remuneracion (2).

(1) Filiaë Jerusalem, nolite flere super me: sed super vos ipsas flere, et super filios vestros. (S. LÚCAS, cap. XXIII, v. XXVIII.)

(2) Por seguir la tradicion, colocamos en la calle de la Amargura este episodio; pero S. Juan dice expresamente, cap. XIX, 17, que Jesus salió cargado con la cruz de casa del Gobernador, y que la llevó por toda la ciudad hasta salir de ella; pero allí, agobiado de su peso, y sin aliento por la mucha sangre que habia derramado, le

- SAY. 1.º Pues alcémosle, y la cruz
llevaréis entre los dos. (*Levantán á Jesus.*)
SAY. 2.º Ahora irás ménos cansado?...

ESCENA II.

DICHOS, LA VÍRGEN, S. JUAN, MAGDALENA y las dos MARIAS,
que vienen por el primer término derecha.

VIRGEN. ¡Hijo de mi corazon! (*Grito agudo.*)
¡Mirame!...

SAY. 1.º Silencio.

(Jesus, al querer volver la cara para mirar á su Madre, cae de nuevo. La Virgen, al verlo, dá un grito, y cae desmayada en brazos de S. Juan y la Magdalena.)

VIRGEN. ¡Ah!!!

SAY. 1.º Otra y ván tres. ¡Oh furor!

SAY. 2.º Su madre tuvo la culpa.

SAY. 1.º ¡Infierno y condenacion!

(Vuelven á levantar á Jesus, y se aleja la comitiva, no cesándose de oír la marcha hasta caer el telon. Desde que Jesus se levanta tercera vez hasta que desaparece, debe ir volviendo la cabeza á cada instante. Esmérese el actor. Siempre que Jesus caiga, deberá oírse un grito ahogado, imperceptible, de todos los personajes que hay en la escena.)

faltaron las fuerzas para continuar llevándola hasta el lugar mismo del suplicio.

Sus enemigos, viéndole en aquel estado, temiendo que se les moriría ántes de llegar, y que no tendrían la satisfaccion de verle crucificado, obligaron á cargar con la cruz de Jesucristo á un hombre que encontraron al salir de la ciudad. Era este natural ú oriundo de la provincia de Cyrene en Africa, y se llamaba Simon. *San Agustín* cree, que Simon llevó solo la cruz desde este sitio, como el Señor la habia traído hasta allí desde la casa de Pilato; otros creen que solamente ayudó á Jesus á llevarla.

Exemptes autem invenerunt hominem cyrenæum nomine Simonem: hunc angariaverunt ut tolleret crucem ejus. (S. MATHEO, cap. XXVII, v. XXXII.)

ESCENA III.

LA VIRGEN, S. JUAN, MAGDALENA, y las dos MARIAS.

MAGDAL. *(Después de una gran pausa, para dar lugar á que desaparezcan todos los personajes, exclama llena de terrible angustia:)*

¡Pobre madre! ¡Infeliz! ¡Miserable y triste, víctima de crüel y amarga pena!

Volved, Señora, en vos.

VIRGEN. *(Volviendo de su letargo.)* ¡Ay, Magdalena! ¿Cómo el alma no muere que en mí existe?

MAGDAL. ¡Calmad vuestro dolor, Virgen María!...

VIRGEN. ¿Que calme mi dolor? Pide al Eterno, que cambie en Paraiso el hondo Averno; que convierta la noche en claro dia; que prive á la campiña de sus flores; que trueque en llano la elevada cumbre; que niegue al sol su abrasadora lumbre, y á la pálida luna sus fulgores. Todo eso puede hacer: todo es creible, como á su voluntad así le cuadre; mas quitarle las penas á una madre que á su hijo vé morir... ¡Es imposible! ¿Oyes el eco que en los aires vibra?... Nuncio es certero de su fin cercano. ¡Cesa yá de sonar! ¡Cesa, inhumano, que el corazon me rompes fibra á fibra!... ¿De tu existencia el hilo, fiero Parca tan pronto ha de cortar...? Nó, nó, ¡Dios mio! ¡Salvarte quiero! Tu perdon ansío, y á implorarle á los piés voy del Tetrarca. Y si en su corazon piedad no asoma, haciéndose insensible á mis dolores, acudiré á Caifás, á los Doctores, y á ser preciso, en fin, iré hasta Roma. Mas ¡ay de mí! ¿qué dije? El Santo Padre, en su eterno saber, así lo quiso!... ¡Ábrate con su diestra el Paraiso,

piedad teniendo de la pobre madre.

(Cae de rodillas.)

MAGDAL. ¡Alzad! Venid, María. Es necesario
de escena tan crüel no ser testigo.

VIRGEN. ¿Abandonarle yó? Venid conmigo.

S. JUAN. ¿Dónde, Señora, vais?

VIRGEN. ¿Dónde? ¡¡Al Calvario!!!

(Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEXTO.

W. J. [unclear]

[Faint, illegible text, possibly a list or report]

[Faint, illegible header text]

[Faint, illegible text, possibly a list or report]

ACTO SÉTIMO.

El teatro representa el monte Calvario. En su centro aparecen levantadas las dos cruces en donde están Dimas y Gestas, yá enclavados. La de Jesus, que estará en el medio, se halla tendida en tierra, sosteniendo su cuerpo, y rodeada por los sayones que se preparan á crucificarle. A todo foro, se ve la ciudad de Jerusalem, con sus altas cúpulas y torres. El terreno donde se ha de fijar la cruz de Jesus deberá estar más elevado que el de las otras. Rodean este terreno infinidad de piedras de todos tamaños. Detrás de las cruces y á los costados, várias rocas. Es de día. Al levantarse el telon, aparecen: los soldados de la centuria, formando un cuadro. Detrás de ellos, y en ámbos lados, pueblo hébreo agrupado, en el número que permita el escenario. Al frente del cuadro y del público, y detrás de las cruces, los soldados hebreos con sus estandartes, el pregonero y los que llevan la bocina. Delante de los soldados romanos, y en la parte derecha, están Caifás, Anás y los Doctóres. El Centurion á la cabeza del ala izquierda, y los sayones alrededor de las cruces, preparados con martillos, clavos y cordeles.

ESCENA PRIMERA.

JESUS, CAIFÁS, ANÁS, DOCTORES, CENTURION, DIMAS, GESTAS, PREGONERO, SAYONES; SOLDADOS romanos y hebreos, y pueblo de ámbos sexos.

(Al levantarse el telon se oye la bocina sonar, y el pregonero vuelve á leer su pregon.)

PREGON. Escuchad. Poncio Pilatos,

de la Judéa Pretor,
condena á muerte á Jesus,
el llamado Hijo de Dios.
Y para más afrentar
á tan villano impostor,
manda que se le ejecute
en cruz, y en medio de dos
ladrones, para que sea
más inmenso su baldon.
Todo el que en defensa suya
proferir ose una voz,
impidiendo esta justicia,
como rebelde y traidor
la misma pena en el acto
sufrirá sin remision.
¡Pueblo de Isráel, acata
la justicia del Pretor!...

(Se oye sonar la bocina.)

CAIFÁS.

En el nombre de la ley,
principie la ejecucion.

(Mientras los sayones se preparan, dice á los Doctores:)

Yá llega el último instante
de ese infame embaucador.

ANÁS.

¿Tendrá al morir ese hombre
la misma resignacion
que hasta aquí ha manifestado?

ROB.

Es sereno, ¡vive Dios!...

(Los sayones empiezan á enclavar á Jesus.)

BENJ.

Esos golpes de martillo
me hielan el corazon.

MALECH.

La mano izquierda le clavan,
¡y sin quejarse!

ROB.

¡Es valor!

CAIFÁS.

Tambien lo hacen con la diestra.

BENJ.

Y con los piés.

MALECH.

Yá un sayon
templando está los cordeles!...

(Los sayones ván ejecutando lo que indica el diálogo.)

CAIFÁS. Arriba la cruz.

(La levantan, y todos los personajes, á excepción de Caifás y los Doctores, dán un grito ahogado de sentimiento.)

CAIFÁS Y }
DOCT.^{res} }
PUEBLO.

Ah!!! *(Con alegría.)*

Oh!!! *(Con sentimiento.)*

ESCENA II.

DICHOS, la VÍRGEN, MAGDALENA, S. JUAN y las dos MARIAS.

(La Virgen se adelanta hasta el pié de la cruz y se arrodilla, haciéndolo igualmente los que la acompañan.)

VIRGEN.

¡Hijo de mi alma!
¡Hijo de mi vida!
¡Tu madre, afligida,
postrada cual vés;
absorta te mira
la muerte sufriendo,
tu sangre vertiendo
por manos y piés!

De tus claros ojos
tranquilos, serenos,
dirígeme al ménos
la divina luz!...
Mírame, hijo mio!...
Tu madre lo implora!...
Tu madre, que llora
al pié de tu cruz!... *(Pausa religiosa.)*

JESUS. *(Con voz desfallecida.)*

«Mujer, hé ahí tu hijo,
»que lo recibas deseo!» (1)

(1) Mulier, ecce filius tuus. (S. JUAN, cap. XL, v. XXVI.)

¡Qué privilegio y qué honra para S. Juan! El mismo Jesucristo dió á la Sma. Virgen en su lugar, y por hijo suyo á Juan, en el momento mismo en que iba á dejarla!

- S. JUAN. Su hijo seré, Señor,
desde ahora mismo (1).
- JESUS. Sed tengo!
- SAY. 1.º Bebe tu sangre; y si nó,
puedes pedir agua al cielo.
- VIRGEN. ¡Cruelles! ¡No le ultrajéis
en instantes tan supremos!...
¿No le mirais espirando?...
¿No le contemplais muriendo?
¿Qué más quereis?... ¡Dadle agua!...
¡Dadle agua, yo os lo ruego!
- CAIFÁS. Mojad en hiel y vinagre
una esponja (2).
- SAY. 1.º ¡Allá vá eso!
*(Le aplica á la boca una esponja que irá
clavada en la punta de una caña. Jesus aparta
un poco la cabeza.)*
- JESUS. «¡Ah, mi Dios, mi Dios ¿por qué
»me has desamparado?...» (3)
- SAY. 1.º Veo
que no te gusta el brevaje,
pues le haces ascos y gestos!...
- CAIFÁS. «Si eres Rey de los judíos,
»sálvate á tí mismo, necio.» (4)
¿No te libras del martirio?...
- SAY. 1.º Baja de la cruz, maestro,
y véte con tus discípulos.
- SAY. 2.º ¿No quieres bajar? Lo siento.

(1) Y así fué; la llevó á su casa para que viviese en su compañía, y la trató con el respeto que se debe á una Madre, y tal Madre.

(2) S. Matheo dice, que era vino mezclado con hiel: y S. Marcos, que lo estaba con mirra. Esta bebida se daba á los que iban á padecer la muerte, para confortarlos y adormecerlos. Jesucristo, para sentir esta amargura más, *no quiso beber.*

(3) *Elí, Elí, Lamma Sabacthani?* (S. MATHEO, cap. XXVII, v. XLVI.)

Palabras tomadas del *Psalmo XXI*, 1, y pronunciadas, parte en hebreo, parte en syriaco.

(4) Si tu es rex Judeorum, salvum te fac. (S. LUCAS, cap. XXIII, v. XXXVII.)

- ANÁS. ¿No era tanto tu poder?...
Convierte en ruinas el templo.
- ROB. ¿No curabas los heridos?
- BENJ. ¿No revivias los muertos?
Anda, Jesus, haz milagros.
- MALECH. Falso!
- BENJ. Traidor!
- ROB. Embustero!
- SAY. 1.º Embaucador!
- SAY. 2.º Ambicioso!
- JESUS. «Perdónalos, Padre Eterno,
»porque ignoran lo que hacen!» (1)
- GESTAS. «Si el Cristo eres verdadero,
»sálvate á tí y á nosotros» (2)
de este suplicio tremendo.
- DIMAS. Sella el lábio, fementido,
y respeta su misterio.
«¡Ah, Señor, de mí te acuerda
»cuando fueres á tu Reino.» (3)
¡Dá tu perdon á mis culpas!

(1) Pater, dimitte illis: non enim nesciunt quid faciunt. (SAN LÚCAS, cap. XXIII, v. XXXIV.)

No saben lo que hacen: porque no le reconocian por Hijo de Dios. Si le hubieran reconocido por tal, dice *S. Pablo*, no hubieran crucificado al Señor y Rey de la Gloria. 1 *Corinth.* 11, 8. Pero su orgullo los hizo culpables, poniéndoles un velo, para que no viesen la luz que los alumbraba. Parece que el Señor dijo estas palabras en el mismo acto de crucificarle.

(2) Si tu es Christus, salvum fac temetipsum, et nos. (SAN LÚCAS, cap. XXIII, v. XXXIX.)

(3) Dominus, memento mei, cum veneris in regnum tuum. (S. LÚCAS, cap. XXIII, v. XLII.)

Jesus estuvo en la cruz, como Joseph en la cárcel, entre dos malhechores. Allí el uno es puesto en libertad y el otro en un patíbulo. Aquí el uno se salva y el otro perece. Grande fué la fé de este venturoso ladron, y grande la eficacia de la gracia, con que el Señor le movió á que le reconociese y confesase por su Dios y Señor. Desde el momento mismo en que espiró el Hijo de Dios, todos los justos y santos de los siglos pasados estuvieron en su compañía, y gozando de su presencia se hallaron en el Paraiso, esto es, en el Limbo de los Padres, enmedio de unas delicias, que el espíritu del hombre no puede comprender, miéntras permanece cercado de esta mortalidad.

- JESUS. «Hoy mismo, te lo prometo,
»conmigo serás sin falta
»en el Paraíso....» (1)
- DIMAS. Cielos!...
¿Tu misericordia es tanta?...
Venga la muerte, la espero.
- JESUS. Al hombre... que se arrepiente...
su... gloria... le dá... el Eterno.
- SAY. 1.º Mas, ahora que me ocurre...
¿Qué de las ropas hacemos?...
- SAY. 2.º Quédate tú con el manto.
- SAY. 1.º Nó, nó; la túnica quiero (2).
- SAY. 2.º Pues que la suerte decida.
- SAY. 1.º Vengan los dados. Tiremos. (*Los echa.*)
Nueve.
- SAY. 2.º Ocho.
- SAY. 1.º . Mia es.
- SAY. 2.º ¡De mi desgracia reniego!
(*La oscuridad se ha ido extendiendo poco á poco.*)
- CAIFÁS. ¡Mirad, Doctores, mirad!...
- ANÁS. ¿Qué ha sucedido?
- ROB. ¿Qué es ello?
- CAIFÁS. Que vá faltando la luz
por instantes.
- ANÁS. Verdad.
- BENJ. Cierto (3).

(1) Hodie mecum eris in paradiso. (S. LÚCAS, cap. XXIII, v. XLVI.)

Jesucristo se sirve de las expresiones de los judíos, que llamaban *Paraíso* la mansion de las almas bienaventuradas, porque el Paraíso terrestre lo habia sido de nuestros primeros padres, mientras perseveraron en la inocencia. A este modo dieron tambien el nombre de *Gehenna* al lugar en donde los malos eran atormentados.

(2) Diviserunt sibi vestimenta sua, et super vestem suam miserunt sortem. (S. MATHEO, cap. XXVII, v. XXXV.)

Los soldados dividieron en cuatro partes las ropas exteriores del Señor, y las sortearon entre sí, y del mismo modo sortearon la túnica que era sin costura, tejida toda de arriba abajo. Circunstancia que con particularidad habia profetizado el rey *David*, *Psalmo XXI*, 19.

(3) Et factâ horâ sextâ, tenebræ factæ sunt per totam terram

CAIFÁS. Rápidas las sombras crecen!...
¿Temblais, Anás?...
ANÁS. No lo niego.
Esa densa lóbreguez
algo presagia funesto!...
DOCT.^{res} ¡Huyamos!
ANÁS. Huyamos pronto!... (*Vánse.*)

ESCENA III.

DICHOS, ménos los DOCTORES, CAIFÁS y ANÁS.

JESUS. «En tus manos... encomiendo...
»Padre... mi... espíritu» (1). (*Espira.*)
SAY. 1.^o ¡Cielos!...
Yá murió Jesus.
VIRGEN. (*Que habrá permanecido en éxtasis profun-*
do, cubierta la cara con las manos.)
¿Qué dices?
¡Hijo!!! ¡Jesus! ¡Ah! ¡Yo muero!...
(*Cae en brazos de Magdalena.*)

ESCENA IV.

DICHOS, y LONGINOS por la izquierda.

LONGIN: ¿Dónde se encuentra ese rey?

usque in horam nonam. (S. MÁRCOS, cap. XVI, v. XXXIII.)

Estás tinieblas no fueron efecto de algun eclipse natural; porque esto sucede en el novilunio ó conjuncion del sol y de la luna, y entónces era el plenilunio ú oposicion. Fuera de esto, el eclipse natural, aunque sea total ó central, no se extiende á toda la tierra, sino á una parte de ellá; y estas tinieblas, nos dice el Evangelio que ocuparon toda la tierra por espacio de tres horas, que fué el tiempo que estuvo el Señor en la cruz, hasta que espiró. Este solo milagro, siendo tan grande por sí mismo, y habiendo sucedido en el tiempo en que se vió, debió bastar para convertir á todos los judíos. *S. Crisóstomo.*

(1) Pater, in manus tuas, commendo spiritum meum. (SAN LÚCAS, cap. XXIII, v. XLVI.)

- SAY. 1.º Aquí, Longinos, avanza.
(*Lo conduce por la mano al centro de la escena.*)
Ven acá. Toma esa lanza.
Prueba, que el brazo es de ley!...
- LONGIN. Yá que ciego me dejé
cuando curarme podia,
la venganza es ahora mia
y vengo á tomarla yó.
Condúceme. ¿Dónde está?...
- SAY. 1.º (*Conduciéndolo al pié de la cruz, y dirigiendo la lanza de Longinos á un costado de Jesus.*)
Vén. Alza el brazo. Derecho...!
Tu lanza toca en su pecho.
- LONGIN. ¿Puedo herir?
- SAY. 1.º Sí, hieres!...
(*Longinos dá la lanzada, dejando marcada la herida en el costado de Jesus, y en el momento de darla, cúbrese los ojos con ámbas manos, dejando caer la lanza y exclamando:*)
- LONGIN. Ah!!! (1)
- VIRGEN. ¿Qué has hecho? ¡Sublime Padre!!!
Tanta maldad no colijo!...
¿No ves que al herir á mi hijo
tambien heriste á su madre?

(1) La divina Providencia permitió esto, para que no quedase la menor sombra de duda de la muerte del Redentor, con lo que fuese despues más gloriosa su resurreccion. Muchos Padres, con S. Agustin, reconocen el misterio de la Eucaristía en la sangre que salió del costado: y en el agua el Sacramento del Bautismo. Vulgarmente se cree que se llamaba *Longinos* el soldado que atravesó el pecho del Señor con una lanza. No consta su nombre. La version árabe de la edicion Erpeniana añade, que atravesó su costado *derecho*; para hacer ver sin duda, que aquella agua habia salido milagrosamente del costado derecho; lo que no sería si hubiese salido del costado siniestro, por razon de la que se contiene en el *epixapdio*, el cual, herido y penetrado con la lanza, naturalmente debia salir agua y sangre. Esto, pues, fué misterioso y sobrenatural; y por esta razon parece que el Evangelista quiso dar un testimonio tres veces repetido de esta verdad. «Y yo mismo (añade S. Juan), que vi este prodigio de salir sangre y agua del costado de Jesucristo, doy testimonio de que así sucedió.»

CENT. Tén piedad de mi centuria!...

(Cayendo de rodillas.)

(En el momento que dice el Centurion «en grande peligro estamos,» estalla el terremoto con toda su furia.—Jerusalen se derrumba, los peñascos ruedan impelidos por el temblor terrestre, y los muertos, envueltos en grandes sudarios, cruzan la escena de un lado á otro, en direcciones encontradas. La orquesta, con un tuti estrepitoso, debe dar carácter á este cuadro. Las mujeres gritan, y todo es confusion, terror y espanto; mas debiendo advertir que la duracion del terremoto sea instantánea. Al cesar éste, y despues de una pausa dilatada, dice la Virgen:)

VIRGEN. ¡Oh Dios, en bondad fecundo,
que desde el Cielo nos miras!
No hagan pedazos tus iras
la gran máquina del mundo!
¡Vuelva de nuevo la luz;
vuelva de nuevo, y alumbre
del Gólgotha la alta cumbre,
sosteniéndote en la cruz...!

(Al decir la Virgen «vuelva de nuevo la luz,» una aureola de claridad brillante alumbraba el cuadro, que desde principios del terremoto debe formarse, y es como sigue: Centurion y Longinos, primer término, derecha, arrodillados. S. Juan, abrazado de la cruz. Las dos Marías á sus costados; la Virgen al lado izquierdo, y la Magdalena al derecho. Una melodía dulcísima debe dejarse oír desde el momento que se ilumina la escena, hasta caido el telon, que deberá hacerlo muy pausadamente.)

FIN DEL ACTO SÉTIMO.

resucitado á estos Santos para hacerlos volver al sepulcro, y han considerado su resurreccion como el principio de su vida inmortal y bienaventurada.

ACTO OCTAVO.

Un salon del Pretorio.

ESCENA PRIMERA.

PILATOS.

PILAT. En vano, en vano, ¡ay de mí!
encontrar quiero la calma,
que el torcedor de mi alma
me lleva al Gólgota, sí!
Allí, solamente allí,
fijo está mi pensamiento...
y por más que este tormento
quiero, ansioso, disipar,
en mi conciencia gritar
escucho al remordimiento!...

Yo la sentencia dicté
de un hombre justo, inocente,
y de Judéa inclemente
la voluntad acaté.
Si las manos me lavé,
¿qué disculpa en esto fundo?...
De mi justicia iracundo
y en ardientes arrebatos,
«fué su verdugo Pilatos,»
furioso gritará el mundo.

¡Ay, cara pátria, por tí,
por conservar tu poder,
vine mi honra á perder
y á esta injusticia cedí!...
Mas ¿qué me importaba á mí
tu desprecio y tu disgusto,
y que el gran Tiberio Augusto
me motejára de infiel?...
¿La conquista de Isráel,
vale la muerte de un justo?...

ESCENA II.

PILATOS, JOSEF DE ARIMATHEA y NICODEMO (1).

JOSEF. Señor...
PILAT. ¿Quién llega? ¿Quién es?
JOSEF. Dos hombres que á tu clemencia
demandan hoy una audiencia,
de rodillas á tus piés. (*Se arrodillan.*)
PILAT. Alzáos y hablad!
JOSEF. Cual ves,
las canas que nos coronan
nuestras palabras abonan.
Que somos hombres de honor
de más lo sabeis, señor;
nuestros actos lo pregonan.
PILAT. El saberlo me recrea,
que hasta hoy, Dios es testigo,
ninguno tachó á su amigo
ni á Josef de Arimathea.
JOSEF. Breve mi súplica sea.
Poco há que un desgraciado

(1) Josef de Arimathea era *noble Senador* ó Consejero. Algunos le hacen Senador de Jerusalem, otros del Sinedrio; pero más probablemente se cree que era del Consejo particular de la ciudad de Arimathea, distante de Jerusalem cuatro ó cinco leguas, y al Norte. Lo cierto es que era uno de los discípulos de Jesucristo ántes de la muerte de éste; y así ahora sin el menor temor se presenta á Pilatos á pedirle el cuerpo del Señor. Nicodemo era un amigo suyo.

lento de amor, resignado,
y de mansedumbre luz,
sobre el leño de su cruz
en el Gólgota ha espirado.

PILAT.

¡Incomprensible dulzura!...
(Oh! dejadme, dudas mias!...)
¿Creeis que ese hombre, el Mesías
pueda ser?

JOSEF.

Mi fé lo jura!

PILAT.

Callad! callad! qué locura!

JOSEF.

¡Con su muerte, salvanós!!!
Ahora bien, decidme vos:
Quien mártir de amor fecundo
muere por salvar al mundo,
¿quién puede ser, sino Dios?...
La tierra, al morir, temblando
sus abismos enseñaba;
y el áquilon rebramaba
las montañas arrasando.
El claro sol fué ocultando
de su lumbre la grandeza;
todo fué luto, tristeza,
desolacion; de tal suerte,
que al morir, lloró su muerte
toda la naturaleza.

Créo que no dudaréis
por más que mucho os asombre,
que ese es el Dios hecho hombre...

PILAT.

Acabemos: ¿qué quereis?

JOSEF.

Que la licencia nos deis
para poder de concierto
bajar de la cruz al muerto;
y despues, mi honor lo jura,
llevarle á la sepultura
que le he labrado en mi huerto.

PILAT.

Antes debo... ¡Centurion! (*Llamando,*)
¡Perdonad!... Es necesario.

ESCENA III.

DICHOS y el CENTURION.

- PILAT. ¿Y ese hombre?
CENT. En el Calvario.
PILAT. ¿Muerto? (1)
CENT. Sí.
PILAT. (¡Condenacion!...
 ¡Todos en honda afliccion...!
 Es el Mesías, de fijo.)
CENT. Su madre en dolor prolijo,
 faltos sus ojos de luz,
 está abrazada á la cruz
 acompañando á su hijo.
PILAT. Y de nosotros ¿qué dice?
CENT. Á pesar de su hondo duelo,
 demanda perdon al Cielo
 y en su nombre nos bendice.
PILAT. Es decir, que no maldice
 al que causa su tormento?...
 ¡Marchad, marchad, y al momento
 dad á ese hombre sepultura!...
 (Á Josef y Nicodemo.)
JOSEF. Gracias, señor. (Vánse.)
PILAT. (¡No es tortura,
 un volcan es lo que siento!)
 Partid, y cuatro soldados (Al Centurion.)
 el cuerpo de ese hombre guarden

(1) Et accersito Centurione, interrogavit eum si jam mortuus esset. (S. Márcos, cap. XXVII, v. XLIV.)

Más bien parece que debia extrañar Pilato que no hubiese muerto mucho ántes, despues de tan atroces tormentos y crueles tratamientos que habia sufrido. Pero como los que padecian este tormento solian vivir mucho tiempo despues de crucificados, y á éstos por compasion les solian romper las piernas para que acabasen cuanto ántes, como lo hicieron con los dos ladrones, por eso Pilatos extrañó que Jesucristo hubiese muerto tan presto.

tres dias (1).

CENT.
PILAT.

Bien!

Que no tarden.

(*Váse el Centurion.*)

¡Todos tristes, afectados!...

¡Qué hice yo?... ¡Crüeles hados!...

Yá todo á creer me invita

en su justicia infinita...!

¡Quién habrá que no lo crea?...

Raza infame de Judéa,

maldita seas, maldita!

MUTACION.

El Calvario, tal como quedó, sin las cruces de Dimas y Gestas, y alumbrado como anteriormente.—Melodía en la orquesta.

ESCENA IV.

La VÍRGEN, MAGDALENA, S. JUAN, y las dos MARÍAS.

VIRGEN. Hijo, que á tu madre miras
en este valle, sin calma,
á tu amantísimo Padre
elevando una plegaria!...

(1) Por seguir la tradicion, se colocan para guardia del sepulcro de Jesucristo soldados romanos; aunque no fué así, segun SAN MATHEO, cap. XXVII, v. LXV. Ait illis Pilatus: Habetis custodiam, ite, custodite sicut scitis. Illi autem abeuntes, munierunt sepulchrum, signantes lapidem cum custodibus.

Tenian los judíos una compañía de soldados para la guarda del templo, y Dios permitió, segun la reflexion de S. Juan Crisóstomo, que Pilato no quisiese que fueran sus soldados los que guardasen el sepulcro; porque en este caso los judíos hubieran dicho que se habian concertado con los discípulos del Salvador, y que les habian entregado su cuerpo. Ellos mismos tomaron sobre sí este cuidado, y no omitieron medio alguno para evitar este robo, que temian de los discípulos. Mas ellos mismos se taparon la boca, para que no pudiesen culpar á ninguno, y se pusieron en la necesidad inevitable de reconocer en lo sucesivo, que aquel á quien habian tratado de impostor, habia verdaderamente resucitado como lo habia dicho.

Contempla mi desventura!...
Considera mi desgracia!...
El llanto que de mis ojos
ardiente se derramaba;
que era mi dulce consuelo
y el bálsamo de mi alma,
¡cruel conmigo, ha secado
el manantial de sus lágrimas!...
Mas sumida en mi dolor,
fija estaré ante tus plantas,
en tanto llamarme quieras
á tu divina morada.
Pero ¿qué miran mis ojos?...
(*Mirando hácia la derecha con sorpresa.*)
Unos hombres se adelantan!...
¡Crüeles! Qué... ¿no es bastante
de su delito la infamia,
que aún osarán...?

ESCENA V.

DICHOS, JOSEF, NICODEMO y dos CRIADOS con escaleras y martillos.—Nicodemo trae una sábana (1), donde Jesus ha de ser recibido, y un lienzo de seis varas á ocho de largo, que es el que sujeta el cuerpo de Jesus al desclavarlo de la cruz.

JOSEF. Nó, por cierto.
No temais, nó, Virgen santa.
Es la caridad tan sólo
la que á este sitio nos llama.

(1) Los judíos lavaban los cadáveres, y cuando eran de personas ricas y de cualidad, los embalsanaban, no quitándoles las entrañas, como hacian los egypcios, y se practicó despues en Occidente, sino empapándolos de un licor espeso de mirra, aloes y otras drogas aromáticas; despues los vendaban desde la cabeza hasta los piés con vendas anchas de lienzo, empapadas tambien en el mismo licor. Y envolviéndolos despues con una sábana nueva y muy blanca, los recostaban de esta suerte en el sepulcro sobre pequeños lechos. La cabeza y el rostro los cubrian con un lienzo que llamaban sudario. Y así parece que fué enterrado el Señor. Véase *Calmet Desert*, sobre los funerales y sepulturas de los hebreos.

À Poncio, Gobernador,
le suplicamos la gracia
de desclavar á Jesus
y enterrarlo; sin tardanza
nos lo concedió, Señora,
y aquí estamos yá.

VIRGEN. Dios haga
que por esta noble accion
alcanceis su gloria santa!

JOSEF. Mas ¿dónde el cuerpo enterrar?...
Cerca de aquí, Madre amada,
tengo un jardin, que se asienta
de un alto monte en la falda.
Os lo ofrezco. Allí labré,
de una roca en las entrañas (1),
la tumba que ha de ser concha
de esa perla tan preciada.
Aceptad.

VIRGEN. Acepto, sí,
vuestra caridad cristiana;
pues hecha en favor de Cristo,
así habrémos de llamarla.

JOSEF. Entónces, demos principio.
¡Tocar su cuerpo me espanta!...

(Empieza el descendimiento.—Cópiese el de Rubens, y colóquense las figuras como están en el lienzo de este sublime pintor.—La melodía, que cesó á la salida de Josef y Nicodemo, volverá á sentirse hasta que se haya verificado el descendimiento.—La Magdalena recibe la corona y los clavos, entregándoselos á la Virgen.)

VIRGEN. Corona que orlando
sus sienes divinas

(1) Josef y Nicodemo no hubieran sin duda sepultado al Señor en aquel lugar, si hubieran tenido tiempo de prepararle un sepulcro más honroso; pero la Providencia del Señor dispuso que estuviese cercano á la ciudad, para que todos pudiesen conocer mejor su resurreccion.

con fieras espinas
su sangre vertió!...
Tú fuiste en su frente
crüento martirio
del cándido lirio
que al mundo salvó!...

¡Oh clavos agudos, *(Al recibirlos.)*
que asaz inhumanos,
sus piés y sus manos
clavásteis tambien!

En sangre empapados
de un sér tan benigno,
de hoy más, seréis signo
de dicha y de bien!...

¡Desciende, Dios justo;
desciende, Dios bueno;
y vén en mi seno
tu cuerpo á posar!...

*(Al llegar aquí debe estar yá el cuerpo de
Jesus en la sábana, que entre todos sostienen
y colocan en las rodillas de la Virgen, que se
habrá sentado debajo de la cruz.)*

¡Vén pronto á mis brazos!...

¡Vén pronto, hijo mio,
y tu rostro frio

déjame besar! *(Lo besa.—Pausa.)*

Contempla piadoso,
¡oh célico Padre!
á la pobre madre
que absorta en tu luz,
del hijo sostiene
los tristes despojos,
llorando sus ojos
al pié de la cruz!...

Adios, mi ventura!

Adios, mi embeleso!

El último beso

recibe de mí!...

Mas nó, mi delicia!...

¿Tan pronto dejarte?...

¿Quién arrebatarte
puede ya de aquí?...

Si alguno á intentarlo
se atreviera impío,
tu madre, hijo mio,
sabrálo impedir.
Mas ¡ay! se trastorna
mi mente insensata.
La pena me mata,
me siento morir!...

(Pausa.—Cesa la música.)

JOSEF. Salgamos de aquí, Señora.
¡En nombre de Dios lo exijo!...
Llevemos á vuestro Hijo
cuanto ántes, sin demora.

VIRGEN. Sea.

JOSEF. Favorezca Dios
nuestros sacrosantos fines!...

VIRGEN. Ángeles y serafines
ván de nosotros en pós.

(Colocan el cuerpo de Jesus envuelto en la sábana, sobre la escalera, la cual conducirán Josef y Nicodemo, S. Juan y un criado. La Magdalena y la Virgen ván detrás del cortejo fúnebre, miéntras cantan los ángeles dentro el coro del tercer acto, que empieza: «No llores, Virgen, etc.»)

MUTACION.

Selva corta.

ESCENA VI.

DICHOS.

(Sale por la derecha el cortejo, y al llegar al centro de la escena, dejan en el suelo la escalera que conduce el cuerpo de Jesus.)

JOSEF. En este sitio apartado
un instante descansemos,
sin que por eso dejemos
de tener mucho cuidado.
Cese yá, Madre afligida,
cese yá el fiero quebranto;
que el raudal de vuestro llanto
puede agotar vuestra vida.
Si enclavado en un madero
del Gólgotha en la alta cumbre,
entre abyecta muchedumbre
espiró el manso Cordero;
el oirlo no os asombre,
fué que obediente á su Padre,
al cariño de una madre
prefirió el amor del hombre.
Y al cumplir con santo afan
lo que el Sér Supremo quiso,
purificó el Parãiso
del gran pecado de Adan.
No os debeis, Madre, afligir;
que vuestro Hijo en su piedad,
redimió la humanidad
que estaba sin redimir.
Y aunque con horror se vea
á los judíos que gimen,
y por su inaudito crimen
maldita su raza sea;
es tan inmenso y fecundo
este crimen para el hombre,
que de Jesucristo el nombre
será adorado en el mundo.

VIRGEN. Que Dios, en su santo anhelo,
me bendiga! Mas... yá es hora...

JOSEF. ¡Bendita seais, Señora,
en la tierra y en el Cielo!...

(Vuelven á ponerse en marcha.)

MUTACION.

Un pequeño huerto á la falda de una montaña: en su pié y al centro una roca aislada, en forma de sepulcro. La comitiva sale por la izquierda, yendo á depositar el cuerpo de Jesus en el fondo de la roca. Una luz misteriosa la baña, al par que se deja oír una melodía triste y melancólica. La Virgen, Magdalena y las dos Marias, arrodilladas á la izquierda del espectador y frente al sepulcro: Josef, Nicodemo y criados, á la derecha.

ESCENA VII.

DICHOS.

JOSEF. Piedra, en tu seno profundo
recibe al manso Cordero,
que ha espirado en un madero
por la redencion del mundo.
A tus entrañas, sin pompa,
llegó su cuerpo bendito!...
que tu masa de granito
airado el hombre no rompa!...
Tú los despojos guareces
del gran Mártir del Calvario!...
¡Salve, divino santuario!...
¡Bendito seas mil veces!...

ESCENA VIII.

DICHOS, el CENTURION y cuatro soldados romanos.

JOSEF. Mas ¿quién se atreve, inhumano,
este sitio á profanar?...

CENT. Nos envia á este lugar
el Gobernador romano.
Tres dias velar mandó
el sepulcro de ese hombre,
y yo juro, por mi nombre,

cumplir lo que me ordenó.

(Coloca los cuatro soldados alrededor del sepulcro.)

- JOSEF. Yá oísteis al Centurion;
 decid, Señora, ¿qué hacemos?...
- VIRGEN. Velemos, hijos, velemos
 con santa resignacion.
 (Cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.

LA GLORIOSA RESURRECCION

DE

NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

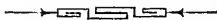
AL CRÍTICO.

S. MATHEO, S. MÁRCOS, S. LÚCAS y S. JUAN: esto es, los cuatro Evangelistas, disienten bastante entre sí al tratar de ciertos hechos y episodios de la gloriosa resurreccion de *Ntro. Sr. Jesucristo*.

Por otra parte; son tantas las cosas que *éste* hizo en los *cuarenta* días que mediaron desde su resurreccion hasta que *subió á su Padre*, que, como dice S. JUAN: «No cabrian en el mundo los libros que se habrian de escribir.» *Nec ipsum arbitror mundum capere posse eos, qui scribendi sunt, libros.* (Cap. XXI, v. XXV.)

Así es que, al combinar esta obra, sin olvidarme de su principal objeto, la he revestido de algunas escenas puramente fantásticas, colocando en ellas vários de los hechos más culminantes que los Evangelistas cuentan, y que por su antigua tradicion son más conocidos del público en general.—*Vále.*

A. Campoamor.



Á los Excmos. Sres. Condes de los Córbo.

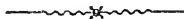
*Como una débil muestra de la mucha admiracion,
cariño y respeto que les profesa*

Antonio Campeamor.



PERSONAJES.

LA VIRGEN.
MAGDALENA.
MARÍA SALOMÉ.
MARÍA JACOBÉ.
JESUS.
LOS APÓSTOLES.
CAIFÁS.
ANÁS.
ROBOAM.
CENTURION.
CLEOFÁS.
NATHANAEL.
EL ÁNGEL.
UN SOLDADO.
CORO DE ÁNGELES.



ACTO ÚNICO.

El teatro representa la misma decoracion con que finaliza el drama. Los centinelas guardan el sepulcro. El Centurion en primer término, abismado en honda meditacion. Al levantarse el telon, una melodía triste se deja sentir, hasta que empieza el diálogo. Momentos ántes de rayar el alba.

ESCENA PRIMERA.

EL CENTURION y SOLDADOS.

CENTUR. ¡Grabada tengo en mi sér
la escena de horror que ví!...
Y á su recuerdo... ¡ay de mí!...
vá mi mente á enloquecer!...
¡Y hasta que la muerte fiera
mi cuerpo en la fosa combe,
del Gólgotha la hecatombe
me seguirá por doquiera!...
Por eso ¡ay Dios! impaciente,
anhelante el alma mia,
espera el cercano dia
con viva ansiedad creciente. (*Pausa.*)
¿Resucitará?... ¡Esta idea,
que abrasa mi cráneo siento!...
¿Cómo dudar, ni un momento,
del Mártir de la Judea?...

¿No ví, con miedo profundo,
sin que esto mi valor veje,
que al morir se rompió el eje
de la máquina del mundo?... *(Pausa.)*

Está en la conciencia mia
creer, sin que á nadie asombre,
que resucita ese hombre
al cumplir el tercer dia.

¡Oh, Señor! ¡En cuenta toma
lo que mis lábios pronuncian!...

(Toque lejano de clarines al alba.)

Yá los clarines anuncian
que el alba en Oriente asoma.
Centinelas, vigilad,
que el momento está cercano.

SOLDAD. ¿Cree el Centurion romano
que resucite?

CENTUR. Callad.

SOLDAD. Harto callé, Centurion:
y mal que á Pilatos pese,
es necesario que cese
tan injusta humillacion.
Nada mi brio domina;
en la lid nunca cejé,
y con mi sangre regué
los campos de Palestina.
Pero mi honor se rebela
contra Poncio, que á este huerto
nos mandó, para que á un muerto
hiciéramos centinela.

CENTUR. Calma, calma tu furor,
que si hacernos quiso injuria,
el mando de la centuria
resignaré ante el Pretor.
Y si éste no fuera justo,
si nos quiere despreciar,
nos irémos á quejar
al César Tiberio Augusto.
Mas... acaso cierto sea
que resucite...

SOLDAD.

¡Patraña!

Con ese cuento, se engaña

á las gentes de Judea. (1.^a detonacion).

(En este momento se deja oír un rumor creciente con tres detonaciones fuertes, adonde indica el diálogo.)

CENTUR. Callad; percibo un rumor...

SOLDAD. Es cierto; tambien lo noto.

(2.^a detonacion.)

CENTUR. ¿Será un nuevo terremoto?... (1)

¡Temblando estoy de pavor!

SOLDAD. Crujir á mis piés lo siento,

y por instantes acrece!...

CENTUR. El sepulcro se estremece,

y retiembla el pavimento!...

(Detonacion 3.^a)

(Salta la losa del sepulcro en pedazos. Una luz vivísima sale de su centro, y sobre una nube circundada de ángeles, se eleva Jesus poco á poco, llevando en la diestra una palma y en la siniestra una cruz con el estandarte de la Fé. El Centurion y los soldados han caido en tierra (2). La elevacion tiene lugar durante el siguiente)

CORO DE ÁNGELES.

Hombres, serafines,

y ángeles tambien,

sus himnos entonen

al Dios de Isráel.

(Este coro deberá ser de una corta duracion.

El Centurion y los soldados se incorporan poco á poco.)

(1) Este terremoto no se extendió más allá del sitio del jardin, en donde estaba enterrado el cuerpo de Jesucristo.

(2) Y de temor de él, se asombraron los guardas y quedaron como muertos. Præ timore autem ejus exterriti sunt custodes, et facti sunt velut mortui. (S. MATHÉO, cap. XXVIII, v. IV.)

CENTUR. ¡Perdon, oh Jesus, perdon!
¡Piedad de nosotros ten!
Vamos á Jerusalem;
cierta es la resurreccion.
(Vánse precipitadamente.)

ESCENA II.

El ÁNGEL (1) que sale por el sepulcro (2).

ANGEL. ¡Piedra feliz, que en tu abismo
cual la concha nacarada,
tenias depositada
la *Perla del Cristianismo!*...
Con religioso fervor
te contemplarán ahora!...
porque fuiste guardadora
del Divino Redentor.

ESCENA III.

S. PEDRO, los APÓSTOLES, las dos MARÍAS, MAGDALENA y el
ÁNGEL que, encima del sepulcro, debe ser invisible para ellos (3).

S. PED. Yá en el recinto apartado
donde su cuerpo reposa

(1) S. Lúcas y S. Juan hablan de dos ángeles, que unos quieren que fuesen diferentes de éste, y otros que hablando de uno solo San Matheo y S. Márcos, entienden el que de los dos habló á las mujeres. Pero parece más probable lo primero, porque éste se nos representa sentado sobre la piedra que cubria la entrada del sepulcro, y los otros dos dentro de él, uno sentado á la cabecera y otro á los piés del lugar donde habia sido puesto el cuerpo del Señor. *Joann.* XX, 12. Véase *S. Márcos* XVI, 5.

(2) Este Santo sepulcro era doble. La parte interior de él, fué en donde depositaron el cuerpo del Hijo de Dios, y la que Josef habia cerrado con una grande piedra; y así el ángel del Señor estaba sentado fuera sobre esta piedra, despues de haberla quitado de la entrada del sepulcro interior. *S. Agustín.*

(3) *S. Márcos* dice: que las primeras que fueron al sepulcro eran *María Magdalena, María madre de Santiago y Salomé,* y que éstas al verlo vacío, dieron aviso á los Apóstoles. Pero yo, faltando

bajo el frio de una losa,
hemos, al fin, penetrado.
Mas... ¿No observais?... En su puesto
no se encuentran los romanos
centinelas!... ¡Ay hermanos!...
Acaso Jesus?... ¿qué es esto?...
¡El sepulcro abierto está,
y vacío! ¡Dios amado!...
¡Á Jesus nos han robado!...

¿Quién mi pena calmará?...
ANGEL. ¿Por qué afligiros? ¡Ah, nó!...
De placer el llanto sea!...

«Como os dijo, á Galilea
sus pasos encaminó» (1).
Vaticinios fueran ciertos
Los que su voz predecia;
pues hoy, al tercero dia,
resucitó entre los muertos. (*Desaparece*).

MAGDAL. El corazon, de alegría
quiere en mi pecho estallar!...
vamos la nueva á llevar
á nuestra Virgen María.

S. PED. Vamos. Pero ántes, al pié
de la que su tumba fuera,
hagamos la verdadera
profesion de nuestra fé.

(*Todos se arrodillan en derredor del sepulcro.*)
«Creo en Dios Padre, Todopoderoso,

á la verdad, hago aparecer desde luego á todos, para evitar mutaciones, dar más unidad á las escenas, y que éstas por su duracion no hicieran de este asunto una obra interminable.

(1) Pero ¿por qué el Señor dijo á sus discípulos que le verian en Galilea y no en Jerusalem, en donde se hallaban, y efectivamente tambien se les mostró? Esto fué sin duda porque el Señor quiso hacer una manifestacion pública de sí mismo, no solamente á los once, sino tambien á todos los otros discípulos que creian en él, de los cuales habia mayor número en la Galilea, en donde habia residido más tiempo que en la Judea. Y probablemente esta es la aparicion de que habla S. PABLO, I. *Corinth*, XV, 6, que se hizo en presencia de 500 testigos, de los cuales vivian aún muchos, cuando el Santo Apóstol escribió dicha carta.

»criador de la tierra y de los cielos;
»y en Jesucristo, Salvador del mundo,
»de Aquél único Hijo, y Señor nuestro.
»Del Espíritu Santo por la obra
»lo concibió la Virgen en su seno;
»y del audaz Pretor Poncio Pilatos,
»debajo del poder sufrió tormento.
»Que Jesus fué por él crucificado
»y muerto y sepultado, tambien creo;
»que á los *infiernos* descendió su espíritu,
»y que resucitó al dia tercero.
»Que á la gloria subió (1) y está sentado
»del Todopoderoso al lado diestro;
»y desde allí vendrá indudablemente,
»á juzgar á los vivos y á los muertos.
»Creo en el Santo Espíritu, en la Santa
»y Católica Iglesia tambien creo,
»como en la comunión creo de los Santos,
»y en el perdon de los pecados nuestros,
»y en vida perdurable, y de la carne
»en la resurrección.

TODOS.
S. PED.

Amen.

Oremos.»

(Durante el credo anterior, se oye una melodía sentida, á cuarteto y lo más piano posible.)

¡Inmenso Jēhová, que de tu altura,
nuestra fé inquebrantable has escuchado!
Un rayo de tu luz brillante y pura
la senda nos irradie que has trazado.
Tu doctrina de hoy más, mi fé lo jura,
tan sólo predicar nos será dado,
de la cruz ostentando la bandera,
por cuanto abarca la terrestre esfera.

(1) No subió á la Gloria hasta los cuarenta dias despues de la resurrección, pero habiéndome parecido oportuno colocar el Credo en esta situación, no he querido alterar su texto.

MUTACION.

Salon en casa de Caifás.

ESCENA IV.

CAIFÁS, ANÁS, ROBOAM y á poco el CENTURION y SOLDADOS.

ROB. El Centurion, que custodia
diera á Jesus en el huerto,
el permiso solicita
para entrar.

CAIFÁS. Éntre al momento.
(Entra el Centurion y los soldados.)

Bien venido, Centurion.
¿Por qué demudado os veo?...

CENTUR. ¡Oh! Doctores de la ley:
escuchad; oid atentos.
De nuestro jefe las órdenes
debidamente cumpliendo,
con cuatro de mi centuria
bravos y fuertes guerreros,
de Jesus de Nazareth
custodiábamos el cuerpo.
No bien el alba en Oriente
anunció el día tercero,
cuando un fuerte terremoto
nos hizo caer al suelo.
El sepulcro que ocultaba
los inanimados restos
de Jesus, en mil pedazos
saltando á impulsos del viento,
dejó libre la salida
del Mesias verdadero,
que entre aureolas de luz
emanadas del Eterno,
vivo de su tumba sale
y ángeles súbenlo al Cielo.

- CAIFÁS. Si esa ridícula farsa
encuentra fé en ese pecho,
y vuestra boca publica
tan absurdo devaneo,
sin dudar, Judea toda
dirá que al fin se cumplieron
las profecías que hiciera
ese astuto Galileo.
- ANÁS. (Necesario es á este mal *(Á Caifás.)*
poner un pronto remedio).
- ROB. (Y comprar de los soldados
á fuerza de oro el silencio). *(Idem.)*
- ANÁS. (¡Ay de nosotros si hablasen; *(Idem.)*
nos crucificaba el pueblo!)
*(Todos estos apartes deberán ser dichos con
rapidez.)*
- CAIFÁS. (Decis bien). Oid, soldados:
cuando hay un peligro grave,
los prudentes, yá se sabe,
tienen medios reservados.
Librar en esta ocasion
nos podeis de ruina y mengua,
siempre que, muda la lengua,
secunde nuestra intencion.
Diréis que estando dormidos (1)
sus discípulos entraron,
y el cadáver os robaron
sin ser de ello apercebidos.
Si ese rasgo de bondad
que agradecer os tenemos,
pródigos, tambien sabrémos
compensarlo. Contestad.
- CENTUR. Sin duda Dios, hombre impío,

(1) Dicitur quia discipuli ejus nocte venerunt, et furati, sunt eum, nobis dormientibus. (S. MATHEO, cap. XXVIII, v. XIII.)

¿Cómo pueden estos dar testimonio de lo que pasó, si estaban durmiendo? Los dormidos fuísteis vosotros, dice admirablemente S. Agustín, enderezando su discurso á los príncipes de los Sacerdotes; porque recurriendo á un artificio tan poco verosímil, descubristeis vosotros mismos la impostura.

me ha tenido de su mano!...
Jamás se vende un romano
al oro vil de un judío.
¿Eso proponéis, Doctores?
La rabia á mi rostro asoma.
En las centurias de Roma
no se conocen traidores.

(Á los soldados.)

Al Sanhedrin!... Y yá en él
publiquemos de contado,
que el que hoy ha resucitado
ese es el Dios de Israel. *(Vánse.)*

MUTACION.

Selva corta.

ESCENA V.

JESUS, (de hortelano).

Si el Paräiso perdió
Adan, mi Padre apiadado,
hombre al mundo me envió,
para lavar el pecado
que el padre Adan cometió.
Y en su saber sin segundo,
dulce, inmenso, justiciero,
dispuso, en bondad fecundo,
que espirase en un madero
para redimir al mundo.
Emblema será entre tanto
del cristianismo, la cruz.
Signo fiel lleno de encanto:
rayo de perpétua luz,
y lábaro eterno, santo.
Desde hoy es yá pabellon
que la fé del justo agita;
su esperanza y salvacion;
tabla donde queda escrita

del hombre la redencion.

ESCENA VI.

JESUS, y MAGDALENA, que viene llorosa.

JESUS. Mujer... ¿Por qué derramar
ese llanto? ¿Á qué sufrir?

MAGDAL. No es el llanto del sentir,
es el llanto del gozar.
Fuimos aroma á verter
en el sepulcro de Cristo,
y un ángel que allí hemos visto
nos hizo á todos saber
que resucitado habia;
y por tanto, de consuelo,
vertiéndose está en el suelo
la fuente de mi alegría.

JESUS. Magdalena!... Miramé!...

MAGDAL. Señor!... Dejad que me asombre!...
¿Vos ante mí, y hecho hombre?...

(Vá á besarle los piés.)

JESUS. «No me toques, déjamé,
»que aun no he subido á mi Padre!» (1)
Vé á Bethania, Magdalena,
y la triste horrible pena
calma al punto de mi Madre.

MAGDAL. Ejecutaré, Señor,
tu sagrado mandamiento.

JESUS. Vé, María, vé.

MAGDAL. Al momento,
mi divino Redentor. *(Váse).*

(1) Noli me tangere, nondum enim ascendi ad Patrem meum.
(S. JUAN, cap. XX, v. XVII.)

No me toques. No te detengas ni pierdas el tiempo en tocarme,
porque todavía no he subido á mi Padre: aún me detendré aquí
cuarenta dias: mas ahora vé, corre, busca, etc.

ESCENA VII.

JESUS, CLEOFÁS (1), NATHANAEL, que vienen por la derecha.

CLEOF. Ya lo vés: segun se cuenta,
resucitó el Nazareno.

NATHAN. La nueva, en Jerusalem
como el rayo vá corriendo.

JESUS. Que el Señor os guarde, hermanos.

(Saliéndoles al encuentro.)

CLEOF. Y á vos tambien. (Ván á marcharse.)

JESUS. Detenéos.

¿Dónde vais?

CLEOF. ¿Dónde? A Enmaús (2).

JESUS. ¿De qué hablábais?

NATHAN. De un portento

que, segun dicen, sucede.

CLEOF. Y prodigioso en extremo.

Qué... ¿no sabeis...?

JESUS. Nada sé.

CLEOF. Sin duda sois forastero.

Pues se dice que Jesus,
un profeta galileo,
por llamarse hijo de Dios
y mil cosas que no cuento,
murió en la cruz há tres días;
y ahora salen con que el muerto
ha resucitado. El lance
es para en duda ponerlo.

¿Qué decís vos?

JESUS. Digo, hermanos,

(1) No consta el nombre del otro. *Orígenes* le llama Simon ó Simeon. *S. Ephifanio* afirma, que era Nathanael, y *S. Ambrosio* le nombra Amaon.

(2) Esta aldea ó castillo se llamó despues Nicópolis. *S. Gerónimo*. Algunos quieren que este castillo sea diferente de la ciudad del mismo nombre, que despues fué llamada Nicópolis, y que distaba de Jerusalem ciento y sesenta y seis estadios, ó veinte y dos millas romanas. Seis leguas nuestras.

que lo creais, porque es cierto.
CLEOF. ¿Es cierto?
JESUS. Sí.
NATHAN. Entónces era
el Mesías verdadero.
CLEOF. No cabe duda ninguna.

ESCENA VIII.

DICHOS y Sto. TOMÁS (1).

TOMÁS. Perdon, hermanos. Os ruego
que me digais si es exacta
la nueva que vá cundiendo.

CLEOF. ¿Jesus ha resucitado?
Lo asegura así en efecto
este hortelano que veis,
y á quien nosotros creemos.

TOMÁS. «Si no viese la hendidura
»en sus manos, y mi dedo
»en el lugar de los clavos
»no metiese; y á más de eso
»mi mano tambien tocára
»en su costado derecho,
»no lo creeré» (2).

JESUS. Héla aquí.

(Dejando ver la herida del costado.)

TOMÁS. ¡Ah! ¡Mi Jesus! ¡Mi Maestro!

JESUS. «Porque me has visto, Tomás,
»me has creído. Tén por cierto
»que son bienaventurados
»los que sin verme creyeron» (3).

(Váse, seguido de Santo Tomás.)

(1) Se llamaba *Didymo*. Voz griega que explica la hebrea *Thomas*.

(2) *Nisi videro in manibus ejus fixuram clavorum, et mittam manum meam in latus ejus, non credam.* (S. JUAN, cap. XX, v. XXV.)

(3) *Quia vidiste me Thomã, credidiste: Beati qui non viderunt, et crediderunt.* (S. JUAN, cap. XX, v. XXIX.)

Estos son todos aquellos que despues de la ascension de

CLEOF. Vamos á dar la noticia
de este asombroso portentoso. (*Vánse.*)

MUTACION.

Casa pobre de la Virgen.

ESCENA ÚLTIMA.

La VÍRGEN, MAGDALENA, las dos MARÍAS y los APÓSTOLES.

MAGDAL. ¡Oh, dulce Virgen Maria!...
Cese ya vuestro dolor.

S. PED. Del Divino Redentor
se cumplió la profecía.

VIRGEN. ¡Hijo de mi corazón!...
¿Voy á mi lado á tenerle?...

La sola idea de verle
enloquece mi razón.

¡Que corta la ausencia sea,
mi santo amor lo reclama!...

¡La voz de una madre os llama!

¡Que os vea, Jesús, que os vea!

¡No hagais mi dicha ilusoria!...

¡Dadme un plazo perentorio!...

¡Sacadme del Purgatorio,
y llevadme á vuestra Gloria!...

(Transfórmase el teatro en gloria, y aparece Jesús en un trono esplendente cercado de nubes. Llevará manto encarnado, una palma en su diestra, y en la izquierda el estandarte de la Fé. Delante del Trono, la Fé, la Esperanza y la Caridad. En derredor de éstas, y formando un semicírculo, vários ángeles

Jesucristo han creído la verdad de la resurrección con la misma certeza que si lo hubieran visto todo con sus ojos, y tocado con sus manos. La incredulidad de Tomás contribuye á desterrarla de nuestros corazones.

con todos los atributos de la Pasion. Una luz brillante debe irradiar el Trono de Jesus, además de la que ilumina toda la escena, que deberá procurarse sea de distintos colores. El Trono lo cobija una techumbre tachonada de multitud de estrellas brillantes, y la cual estará sostenida por cuatro ángeles de gran tamaño.

Los rompimientos de la decoracion deben ser iguales á la techumbre, y sostenidos, como aquella, por ángeles tambien. La Virgen, Magdalena y las dos Marías, primer término izquierda, y todos los Apóstoles, idem derecha. Una melodía dulcísima en la orquesta, hasta que empieza el coro.)

JESUS.

Madre de sublime amor!...
Hijos, para mí tan caros!...
Ventura y páz, á anunciaros
viene hoy vuestro Redentor.
Yá mis penas han cesado
de mi Santo Padre en nombre;
y yá libre queda el hombre
de la culpa del pecado.
El llanto de mi Pasion
conviértase en alegría,
y celebrad este dia
mi fáusta Resurreccion.

(En tanto baja el telon, que será lo más despacio posible, cantan el siguiente)

CORO DE ANGELES.

Aleluya, aleluya cantad,
que el sepulcro Jesus yá dejó;
y borrada yá queda la mancha
que el pecado en el hombre imprimió.
(Cae el telon.)

FIN DE LA RESURRECCION.

A LOS DIRECTORES DE ESCENA.

Siendo el asunto de este drama tan conocido generalmente de todos, se hace necesario que los personajes vistan con la debida propiedad y con los colores respectivos que tan marcados son, y que la generalidad de los grandes pintores de Historia Sagrada trasladaron con tanta exactitud á sus lienzos, los que por suerte abundan tanto en nuestra España, enriqueciendo sus iglesias, conventos y catedrales. La misma objecion hago respecto al decorado. Si éste no tiene todo el sabor posible de la época, podria muy bien excitarse la bilaridad del público; de la que tanto debe huirse en el trascurso de esta obra.

A LAS EMPRESAS.

La música de este libro religioso está escrita por el distinguido maestro *D. Luis Salarich*: pero tan sentida és, cadenciosa y bellísima, que recomiendo muy eficazmente á los representantes de la Galeria que no permitan ponerle en escena, sin que vaya acompañado de la partitura de dicho señor, con quien podrán entenderse para su adquisicion y derechos. Algunos coros estaban escritos de antemano por el mismo maestro, habiéndose valido de letras de otros autores, las que he respetado, y tomado la libertad de imprimir en mi obra, tanto por la bondad de ellas, cuanto por no alterar el ritmo musical en lo más mínimo.

ERRATAS IMPORTANTES.

Página.	Línea.	Dice.	Debe decir.
12	6	hondas bravas.	<i>ondas bravas.</i>
33	10	anhelamos saberlo.	<i>conocerle queremos.</i>
36	13	dónde ese hombre	<i>adónde Jesus</i>
90	33	Erpeniana	<i>Eperniana</i>
101	20	coro del tercer acto,	coro del <i>segundo</i> acto,

Algunos asonantes en un mismo verso encontrará el escrupuloso en los cuatro primeros actos, los que no he corregido: unos, por no alterar el texto bíblico y otros por no haber tenido tiempo, á causa de la premura con que ha sido preciso imprimir esta obra. Y si bien esto no es un gran defecto, pues lo hacen todos nuestros primeros poetas, al ménos para mí lo es, por lo cual hago esta salvedad.

En vez de los nombres anticuados, *Caiphás, Cleophás, Thomás, Nicodemus*, escribo *Caifás, Cleofás, Tomás, Nicodemo*. Tambien, usando de licencia poética, escribo *Pilatos* en vez de *Pilato*; y algunas veces, *Jerusalen, Roboan y Abrahán*, cuyas terminaciones son en *m*.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

- LA ESTÁTUA ENCANTADA, zarzuela en tres actos y en prosa. (*Música de D. Antonio Reparaz.*)
- UN RECUERDO Á VENTURA DE LA VEGA, loa.
- EL 11 DE DICIEMBRE, propósito dramático en un acto y en verso, con un himno (*del Mtro. Salarich*).
- LA CUESTION ROMANA, juguete cómico en un acto y en verso.
- UN ENSAYO DE BAILE, fotografía-lírico-bailable-parlante en un acto y en verso. (*Música de D. Angelo Agostini.*)
- EL PADRE CARLET Y DOÑA PATROCINIO, juguete en un acto y en prosa.
- EL HOMBRE-DIOS, ó SEA LA PASION y MUERTE DE NTRQ. SR. JESUCRISTO, drama en ocho actos y en verso, aumentado con un cuadro titulado LA GLORIOSA RESURRECCION.
-

ECOS DEL ALMA, poesías en un tomo. (En prensa.)

